

EL ABANICO DE
LADY WINDERMERE

OSCAR WILDE

Ediciones **elaleph**.com

Editado por
el**aleph**.com

© 1999 Copyright www.elaleph.com
Todos los Derechos Reservados

COMEDIA SOBRE UNA MUJER BUENA
EN CUATRO ACTOS

PERSONAJES DE LA OBRA

LORD WINDERMERE.

LORD DARLINGTON.

MÍSTER DUMBY.

MÍSTER GRAHAM.

MÍSTER HOPPER.

PARKER, *mayordomo*.

LADY WINDERMERE.

MISTRESS ERLYNNE.

LA DUQUESA DE BERWICK.

LADY AGATRA CARLISLE.

LADY PLYMDALE.

LADY STUTFIELD.

LADY JEDBURGH.

MISTRESS COPER- COWPER.

ROSALIA, *doncella*.

Acto I.- Gabinete en casa de lord Windermere.

Acto II.- Salón en casa de lord Windermere.

Acto III.- Salita en casa de lord Darlington.

Acto IV.- La del acto primero.

Lugar de la acción: Londres. Época actual.

La acción de la obra tiene lugar dentro de las veinticuatro horas, comenzando un jueves, a las cinco de la tarde, y concluyendo al día siguiente, a la una y media de la tarde.

ACTO PRIMERO

Gabinete en casa de lord Windermere. Puertas al fondo y a la derecha. *Bureau* cargado de libros y papeles a la derecha. Sofá y la mesita de té a la izquierda. Puerta acristalada que conduce a la terraza, a la izquierda. Mesa a la derecha. Lady Windermere junto a la mesa de la derecha, arreglando unas rosas en un jarrón azul

(*Entra PARKER.*)

PARKER.- ¿Está en casa la señora esta tarde?

LADY WINDERMERE.- Sí... ¿Ha venido alguien?

PARKER.- Lord Darlington.

LADY WINDERMERE.- (*Después de un instante de vacilación.*) Que suba..., y estoy en casa para todo el mundo.

PARKER.- (*Se inclina y sale por el fondo.*) Prefiero verle antes de la noche. Me alegro que venido.

(*Entra PARKER por el fondo.*)

PARKER.- Lord Darlington.

(*Entra LORD DARLINGTON. Sale PARKER.*)

LORD DARLINGTON.- ¿Cómo está usted, lady Windermere?

LADY WINDERMERE.- ¿Cómo está usted, lord Darlington? No, no puedo darle la mano. Las tengo todas mojadas, de arreglar estas rosas. ¿Verdad que son preciosas? Me han llegado de Selby esta mañana.

LORD DARLINGTON.- ¡Admirables! (*Viendo el abanico sobre la mesa.*) Y ¡qué maravilloso abanico! ¿Me permite usted que lo vea?

LADY WINDERMERE.- Véalo usted. ¿Es bonito, verdad? Y tiene pintado mi nombre. Acabo de

recibirlo. Es el regalo de mi marido. ¿No sabe usted que hoy es mi cumpleaños?

LORD DARLINGTON.- ¿Sí? ¿De veras?

LADY WINDERMERE.- Sí, hoy entro en mi mayor edad. Día importantísimo en mi vida, ¿eh? Por eso esta noche doy un baile. Pero siéntese usted. *(Continúa arreglando las flores.)*

LORD DARLINGTON.- *(Sentándose.)* Siento no haber sabido que era su cumpleaños, lady Windermere. Habría alfombrado de flores su calle, para que usted las pisara. ¿Qué más hubieran podido desear ellas? *(Pausa breve.)*

LADY WINDERMERE.- La otra noche, en el baile del Ministerio de Estado, estuvo usted un tanto inconveniente, lord Darlington. Y lamentaría volviere usted a las andadas.

LORD DARLINGTON.- ¿Que estuve inconveniente, lady Windermere? ¿Pues qué hice?

(Entra PARKER, seguido de un criado, por el fondo, con una mesita y un servicio de té.)

LADY WINDERMERE. - Póngalo usted ahí, Parker. Está bien. *(Sécase las manos con su pañuelo, se*

dirige hacia la mesita del té, a la izquierda, y se sienta.)
¿Quiere usted acercarse, lord Darlington?

(Salen PARKER y el criado por el fondo.)

LORD DARLINGTON.- *(Coge una silla y se acerca.)*
Me tiene usted con el alma en un hilo, lady Windermere. Hasta que me explique usted qué es lo que hice, no podré tranquilizarme. *(Se sienta a la mesita.)*

LADY WINDERMERE.- ¿Y me lo pregunta usted? Pues, estarme diciendo cumplidos toda la noche.

LORD DARLINGTON.- *(Sonriendo.)* ¿Y eso es estar inconveniente?

LADY WINDERMERE.- No, no se sonría usted. Le estoy hablando muy en serio. No me gustan, ni poco ni mucho, los cumplidos, y me parece absurdo que haya quien se figure halagar extraordinariamente a una mujer por el mero hecho de decirla un sinfín de cosas de las que él mismo no cree una palabra.

LORD DARLINGTON.- ¡Ah! Pero es que yo las creo todas. *(Tomando la taza de té que ella le tiende.)*

LADY WINDERMERE.- *(Gravemente.)* Espero que no. Sentiría tener que regañar con usted, lord Darlington. Ya sabe usted que le tengo una sincera sim-

patía. Pero se la perdería en absoluto si me convenciese de que es usted como la mayoría de los hombres. Créame, usted es mejor que la mayoría de los hombres, aunque a veces quiera usted parecer peor.

LORD DARLINGTON.- Todos tenemos nuestras pequeñas vanidades.

LADY WINDERMERE.- ¿Y por qué cifra usted la suya en eso?

LORD DARLINGTON.- ¡Oh! Hay tanta gente que va por ahí echándose las de buena, que casi me parece una prueba de modestia echárselas de malo. Además, todo hay que tenerlo en cuenta; si se las echa uno de bueno, el mundo le toma a uno muy en serio, y si se las echa de malo, creen que uno bromea. Tal es la estupefaciente necedad del optimismo.

LADY WINDERMERE. - Entonces, ¿usted no quiere que el mundo le tome en serio, lord Darlington?

LORD DARLINGTON.- ¡No, no, por Dios; el mundo, no! En cambio, sí me gustaría que me tomara usted en serio, lady Windermere; usted más que nadie.

LADY WINDERMERE.- ¿Y por qué yo?

LORD DARLINGTON.- (*Después de una ligera vacilación.*) Pues, porque creo que podríamos ser grandes amigos. ¿Quiere usted que lo seamos? ¡Quién sabe! Puede que algún día tenga usted necesidad de un verdadero amigo.

LADY WINDERMERE.- ¿Por qué dice usted eso?

LORD DARLINGTON.- ¡Oh! Todos necesitamos a veces de amigos.

LADY WINDERMERE. - Pero me parece, que ya somos excelentes amigos, lord Darlington. Y espero que lo seremos siempre, mientras usted no...

LORD DARLINGTON.- ¿No qué?

LADY WINDERMERE.- No eche a perder nuestra amistad diciéndome tonterías. ¿Qué piensa usted? ¿Que soy una puritana? Pues, sí, señor; algo tengo de puritana. Así me educaron. De lo que me alegro mucho. Mi madre murió cuando yo era niña. Toda mi infancia y toda mi juventud las pasé con mi tía Julia, la hermana mayor de mi madre, como usted sabe. Era muy severa conmigo, es cierto; pero, en cambio, me enseñó una cosa que el mundo empieza a olvidar: la diferencia que hay entre lo que está bien y lo que está mal. Tratándose de cosas morales, ella no transigía nunca. Como yo tampoco transijo.

LORD DARLINGTON.- ¡Por Dios, lady Windermere!

LADY WINDERMERE.- (*Reclinándose en el sofá.*) Me mira usted como a una mujer de otros tiempos, ¿verdad? Pues, sí, señor, lo soy. Y sentiría muchísimo estar al mismo nivel de un tiempo como éste.

LORD DARLINGTON.- ¿Tan malo lo encuentra usted?

LADY WINDERMERE. - Malísimo. Hoy día, todo el mundo parece considerar la vida como una especulación. ¡Pues no es una especulación! Es un sacramento. Su ideal es el amor. Su purificación, el sacrificio.

LORD DARLINGTON.- (*Sonriendo.*) ¡Oh, todo menos que le sacrifiquen a uno!

LADY WINDERMERE. - ¡No diga usted eso!

LORD DARLINGTON. - Pues sí que lo digo. Y lo siento. Y sé que tengo razón.

PARKER.- (*Entrando.*) Señora, esos hombres preguntan si hay que poner las alfombras en la terraza para esta noche.

LADY WINDERMERE.- ¿Qué le parece a usted, lord Darlington, lloverá?

LORD DARLINGTON.- ¿El día del cumpleaños de usted? ¡No faltaba más!

LADY WINDERMERE.- Diga usted que las pongan, Parker.

(*Sale PARKER.*)

LORD DARLINGTON.- Entonces, ¿cree usted - claro que pongo un ejemplo imaginario-, cree usted que en el caso de un matrimonio joven, casi recién casado - pongamos dos años, a lo sumo -, si el marido se convirtiese de pronto en el amigo íntimo de una mujer de..., sí, de vida un tanto dudosa, y si se le viese en todas partes con ella y, probablemente, pagase sus cuentas..., cree usted que la mujer de ese hombre no tendría derecho a buscar algún consuelo?

LADY WINDERMERE.- (*Frunciendo el ceño.*) ¿A buscar algún consuelo?

LORD DARLINGTON.- Sí; yo creo que estaría en su perfectísimo derecho.

LADY WINDERMERE.- ¿De modo que, porque el marido es abyecto, la mujer también debe serlo?

LORD DARLINGTON.- ¿Abyecto? Un poco fuerte parece la palabra, lady Windermere.

LADY WINDERMERE.- Peor es el hecho, lord Darlington.

LORD DARLINGTON.- ¡Ay!, lady Windermere, mucho me temo que la gente buena esté haciendo un daño atroz en el mundo. El mayor, dar tanta importancia a la maldad. Es absurdo dividir a las personas en buenas y malas. La gente se divide en agradable y desagradable, simplemente. Yo siempre me pongo del lado de la agradable, y usted, lady Windermere, mal que le pese, se halla en este número.

LADY WINDERMERE.- Es usted muy amable, lord Darlington. (*Se levanta y pasa por delante de él hacia la derecha.*) No, no se mueva usted. Voy a acabar de arreglar esas flores. (*Se acerca a la mesa donde está el jarrón.*)

LORD DARLINGTON.- (*Levantándose también.*) Y debo también decirle, lady Windermere, que sus ideas sobre la vida moderna son demasiado rígidas. Ya sé que ésta dista mucho de ser buena; conformes. Así, por ejemplo, la mayor parte de las mujeres hoy día son bastante venales...

LADY WINDERMERE.- ¡Oh! No hable usted de esa gente.

LORD DARLINGTON. - Pero dejando a un lado a esa gente venal que, desde luego, es siempre lamentable, ¿cree usted seriamente que las mujeres

que han cometido eso que en el mundo llaman una falta no deben nunca ser perdonadas?

LADY WINDERMERE.- *(En pie junto a la mesa.)*

¡Nunca!

LORD DARLINGTON.- ¿Y los hombres? ¿Cree usted que debe ser la misma ley para los hombres que para las mujeres?

LADY WINDERMERE.- ¡La misma!

LORD DARLINGTON.- ¿No será demasiado compleja la vida para poder gobernarla con esas reglas tan estrictas y tan duras?

LADY WINDERMERE.- Si todos tuviésemos esas reglas tan estrictas y tan duras , encontraríamos la vida mucho más sencilla.

LORD DARLINGTON.- ¿No admitiría usted ninguna excepción?

LADY WINDERMERE.- ¡Ninguna!

LORD DARLINGTON.- ¡Oh, qué puritana tan encantadora hace usted, lady Windermere!

LADY WINDERMERE.- El adjetivo era innecesario, lord Darlington.

LORD DARLINGTON.- No me fue posible contenerlo. Yo puedo resistir a todo, menos a la tentación.

LADY WINDERMERE.- Tiene usted la pose moderna de la debilidad.

LORD DARLINGTON.- (*Mirándola.*) ¡Oh! No, es más que una pose, lady Windermere.

PARKER.- (*Entrando. Anunciando.*) La duquesa de Berwick y lady Agatha Carlisle.

(*Entran por el fondo la Duquesa de Berwick y LADY AGATHA. Sale PARKER.*)

DUQUESA.- (*Viniendo a estrechar la mano de LADY WINDERMERE.*) Querida Margarita, ¡cuánto tiempo sin verla! Mi hija Agatha. ¿No se recuerda usted de ella? (*Dirigiéndose hacia LORD DARLINGTON.*) ¿Qué tal, lord Darlington? A usted no le presento a mi hija; es usted demasiado malo.

LORD DARLINGTON.- No diga usted eso, duquesa. Como hombre malo, soy un completo fracasado. ¿No hay por ahí quien dice que en toda mi vida he hecho nada realmente malo? ¡Claro que eso lo dicen a espaldas mías!

DUQUESA.- ¿Sí? ¡Qué malvados! Agatha, te presento a lord Darlington. Mucho ojo con creerle una sola palabra. (LORD DARLINGTON *pasa a la*

derecha de le escena.) No, no, gracias; ya he tomado el té, querida. (*Sentándose en el sofá.*) Lo acabamos de tomar en casa de lady Markby. Un té bastante malo, por cierto. Como que apenas pudimos probarlo. No tiene nada de extraño. Se lo suministra su propio yerno. Agatha está loca de contento pensando en su baile de esta noche, querida Margarita.

LADY WINDERMERE.- ¡Oh! No crea usted que va a ser un baile de gala, duquesa. No es más que una reunión de íntimos, en honor de mi cumpleaños. Acabará muy temprano.

LORD DARLINGTON.- Muy temprano, muy poca gente, y toda muy escogida, ¿no es eso?

DUQUESA.- ¡Oh! Tratándose de usted, querida Margarita, ya es de suponer que toda será gente muy escogida. Su casa es una de las pocas, en Londres, a que puedo llevar sin miedo a Agatha y a mi marido. ¡Ay! No sé qué va a ser de la sociedad al paso que vamos. ¡Se ve cada señora por esos salones!... En los míos, por ejemplo. Y no es culpa mía. Los hombres se ponen furiosos si no se les invita. Realmente, deberíamos hacer una campaña contra ellos.

LADY WINDERMERE.- Yo lo haré, duquesa. Lo que es en mi casa, le aseguro a usted que no entrará nadie que haya dado que hablar.

LORD DARLINGTON.- ¡Oh! No diga usted eso, lady Windermere. Tendría usted que cerrarme la puerta. (*Se sienta.*)

DUQUESA. - ¡Oh! Los hombres no importa. Las mujeres ya es muy distinto. ¡Somos demasiado buenas! Algunas, por lo menos. Pero nos están arrinconando demasiado. Me parece que nuestros maridos acabarían por olvidar nuestra existencia si de cuando en cuando no les molestáramos un poco. ¡Oh!, lo preciso nada más para hacerles recordar que tenemos derecho a hacerlo.

LORD DARLINGTON.- ¡Qué curioso es el juego del matrimonio, duquesa! Juego que, dicho entre paréntesis, está cayendo bastante en desuso. La mujer tiene todos los triunfos y, sin embargo, invariablemente, pierde la baza.

DUQUESA.- ¿La baza? ¿Llama usted baza al marido?

LORD DARLINGTON.- ¿Qué, encuentra usted demasiado bonito el nombre?

DUQUESA.- ¡Cuidado que es usted mala persona mi querido lord Darlington!

LADY WINDERMERE. - Lord Darlington habla siempre sin pensar lo que dice.

LORD DARLINGTON.- Le aseguro a usted que no, lady Windermere.

LADY WINDERMERE. - ¿Entonces, por qué habla usted de la vida con esa ligereza?

LORD DARLINGTON.- Porque, a mi juicio, la vida es una cosa demasiado importante para hablar de ella en serio. (*Se pone de pie.*)

DUQUESA.- ¿Qué ha querido usted decir con eso? Apíadese usted de mis pocas luces, lord Darlington, y explíqueme qué ha querido decir.

LORD DARLINGTON. - Prefiero no hacerlo, duquesa. Hoy día ser comprensible es una falta de habilidad. A los pies de usted, duquesa. (*Besando la mano DUQUESA.*) Y ahora, lady Windermere, hasta la vista. ¿Tiene usted inconveniente en que venga esta noche? ¡Déjeme usted venir!

LADY WINDERMERE. - Venga usted, si quiere con la condición de que no dirá a nadie tonterías que no siente.

LORD DARLINGTON.- (*Sonriendo.*) ¡Ah, empieza usted a corregirme! Cosa muy peligrosa, lady Windermere, corregir a nadie. (*Se inclina y sale.*)

DUQUESA. - (*Levantándose.*) ¡Qué mala cabeza tan simpática! Me alegro que se haya ido. ¡Qué bonita está usted! ¿Dónde se hace usted los trajes?... Ah querida Margarita, debo decirle lo apenadísima que estoy por usted. (*Yendo hacia el sofá y sentándose en él con LADY WINDERMERE.*) ¡Agatha, querida!

AGATHA- (*Levantándose.*) ¿Qué, mamá?

DUQUESA. - ¿Querrías ponerte a ver aquel álbum de fotografías que está allí?

AGATHA. - Sí, Mamá. (*Se dirige a la mesa de izquierda.*)

DUQUESA. - ¡Qué buena es! ¡Y tan aficionada a las fotografías de Suiza! Un gusto purísimo, ¿verdad? Pues sí, querida Margarita, estoy apenadísima por usted.

LADY WINDERMERE.- ¿Por qué, duquesa?

DUQUESA.- ¿Por qué ha de ser? Por esa horrible mujer. Y todavía menos mal si no se vistiera tan bien y fuera un poco peor parecida. Augusto, mi lamentable hermano - usted le conoce-, un castigo para todos nosotros; bueno, pues Augusto está completamente chiflado por ella. Figúrese usted: una mujer que no se puede admitir en sociedad. Hay muchas mujeres que tienen un pasado; pero ésta me

han dicho que tiene, por lo menos, una docena, y todos ellos de gente bien.

LADY WINDERMERE. - Pero ¿a quién se refiere usted, duquesa?

DUQUESA.- A mistress Erlynn.

LADY WINDERMERIC.- ¿Mistress Erlynn? Es la primera vez que oigo ese nombre, duquesa. ¿Y qué tengo yo que ver con mistress Erlynn?

DUQUESA. - ¡Pobre Margarita!... ¡Agatha, querida!

AGATHA.- ¿Qué, mamá?

DUQUESA. - ¿Quieres salir a la terraza a ver la puesta de Sol?

AGATHA.- (*Levantándose y saliendo a la terraza.*) Sí, mamá.

DUQUESA. - ¡Qué obediente es! Y aficionadísima a las puestas de Sol. Cosa que demuestra una sensibilidad muy refinada, ¿verdad? Al fin y al cabo, no hay nada como la Naturaleza.

LADY WINDERMERE. - Pero ¿qué es lo que ocurre, duquesa? ¿Por qué habla usted de esa mujer?

DUQUESA.- ¿Pero realmente no sabe usted? Le aseguro que todos estamos consternados. Anoche mismo, en casa de lady Jansen, todo el mundo hablaba de lo extraordinario que era que entre todos

los hombres de Londres, fuera Windermere el que se portara así.

LADY WINDERMERE.- ¿Mi marido? ¿Y qué tiene que ver mi marido con una mujer semejante?

DUQUESA.- ¡Ah! Ésa es precisamente la cuestión querida. Por lo menos, él va a verla continuamente y se pasa horas y horas en su casa, y mientras él está allí, ella no recibe a nadie. No es que vayan verla muchas señoras, no; pero, en cambio, tiene un sinfín de amistades del sexo masculino, todos ellos calaveras de profesión, y mi hermano entre otros, como le dije a usted; y esto es justamente lo que agrava la conducta de Windermere. ¡Y nosotros que le teníamos por un marido modelo! Mis sobrinas, las de Saville -usted las conoce, creo-, unas muchachas muy caseras, y feas, horrorosamente feas, pero ¡tan buenas! -se pasan la vida al balcón haciendo labores de fantasía. Y esos trajes para los pobres, horribles, sí, pero muy útiles en estos tiempos tremendos de socialismo-. Pues, figúrese usted que esa mujer ha tomado una casa frente a la de ellas. ¡Parece mentira, una calle tan respetable! No sé, realmente, adónde vamos a parar. Bueno; pues ellas me han dicho que Windermere va a verla cuatro y cinco veces por semana. Ellas le ven entrar; no

tienen más remedio. Y aunque ellas no sean aficionadas a chismes y cuentos, pues claro, no han podido menos de contárselo a todo el mundo. Y lo peor, según parece, es que esa mujer vive, y muy bien, a costa de alguien, pues hace seis meses, cuando llegó a Londres, no traía, por decirlo así, ni un céntimo, y ahora tiene esa casa divinamente puesta, según dicen los que la han visto, y coche propio, y ¡qué sé yo! Todo ello desde que conoce a ese pobre Windermere.

LADY WINDERMERE.- ¡Oh, no puedo creerlo!

DUQUESA.- Pues es la pura verdad, querida. Todo Londres lo sabe. Por eso he creído de mi deber venir a hablar con usted para aconsejarla que se lleve a Windermere una temporada fuera de Londres, a Trouville, por ejemplo, o a Niza, o a algún sitio donde se distraiga, y donde usted pueda vigilarle durante todo el día. No sabe usted, querida, las veces que en mi vida de casada he tenido que fingir alguna enfermedad y resignarme a beber las aguas minerales más desagradables, con tal de sacar a Berwick de Londres. ¡Era de un corazón tan sensible! Aunque, eso sí, puedo asegurar que nunca dió mucho dinero a nadie. En esto, por lo menos, es de principios muy elevados.

LADY WINDERMERE. (*Interrumpiéndola.*) ¡Es imposible, duquesa; le digo a usted que es imposible! (*Levantándose y cruzando la escena hacia el centro.*) No hace más que dos años que estamos casados. Nuestro hijo no tiene más que seis meses... (*Se sienta en una silla junta a la mesa.*)

DUQUESA.- ¡Ah!, ¿y ese encanto, cómo sigue? ¿Es niño o niña? Espero que niña... ¡Ah, no; ahora recuerdo que es niño! Lo siento. Los niños son muy malos. El mío es de una inmoralidad atroz. No puede usted figurarse a qué horas vuelve a casa. Y eso que acaba de salir del colegio hace pocos meses. No sé, realmente, qué les enseñan allí.

LADY WINDERMERE.- ¿Cree usted que todos los hombres son malos?

DUQUESA.- Absolutamente todos, sin excepción. Y que nunca mejoran. Se vuelven viejos; pero mejores jamás.

LADY WINDERMERE.- Windermere y yo nos casamos por amor.

DUQUESA.- Sí, así empezamos nosotros. Sólo las amenazas constantes y brutales de suicidio de Berwick me hicieron aceptar su mano y, sin embargo, antes del año ya estaba corriendo detrás de toda clase de faldas, negras y blancas, finas y ordinarias.

Y todavía en la luna de miel, le pesqué con una de mis doncellas, una muchacha muy bonita y muy decente. Claro que la despedí enseguida, sin certificado. O no; recuerdo que se la cedí a mi hermana ¡Ese pobre sir Jorge es tan corto de vista, que creí que no importaba! Pero importó, importó según parece. (*Levantándose.*) Bueno, hija mía, tengo que irme; esta noche comemos fuera. No vaya usted tomar demasiado a pecho esa pequeña aberración de Windermere. Lléveselo usted al extranjero, verá cómo vuelve a usted.

LADY WINDERMERE.- ¿Cómo vuelve a mí?

DUQUESA. - Sí, hija mía; esas condenadas mujeres nos quitan nuestros maridos; pero éstos acaban siempre por volver a nosotras; aunque, eso sí, un tanto averiados. Y no le haga usted ninguna escena; los hombres detestan las escenas.

LADY WINDERMERE.- Ha sido usted muy buena duquesa, en venir a contarme todo eso. Pero no puedo creer que mi marido me sea infiel.

DUQUESA. - ¡Ay, hija mía! ¡Así era yo antes! Ahora sé ya que todos los hombres son unos monstruos (*LADY WINDERMERE tira de la campanilla.*) Lo único que se puede hacer es dar bien de comer a esos bandidos. Un buen cocinero hace

maravillas; y eso ya lo tiene usted. Pero ¿no irá usted a llorar, mi querida Margarita?

LADY WINDERMERE.- No tema usted, duquesa; nunca lloro.

DUQUESA.- Hace usted muy bien, querida. Las lágrimas son el refugio de las feas y la ruina de las bonitas. ¡Agatha, querida!

AGATHA.- ¿Qué, mamá?

DUQUESA.- Di adiós a lady Windermere y dale las gracias por tu deliciosa visita. (*Volviéndose otra vez hacia atrás.*) Y entre paréntesis: muchas gracia por haber enviado una invitación a míster Hopper..., ese australiano tan rico y de quien tanto se está hablando ahora. Su padre hizo una fortuna enorme vendiendo no sé qué clase de conservas; pero él es muy interesante, y me parece que se interesa mucho por la conversación espiritual de Agatha. Claro que nosotros sentiríamos mucho tener que separarnos de ella; pero a mi juicio, una madre que no es buena madre no se separa de una hija todos los años. (*PARKER abre la puerta del centro.*) Y acuérdesse usted de mi consejo: lléveselo de Londres lo antes posible. Es el único remedio. Adiós otra vez, querida. Vamos, Agatha.

(*Salen la DUQUESA y LADY AGATHA.*)

LADY WINDERMERE.- ¡Qué horror! Ahora comprendo lo que quería decir lord Darlington con su ejemplo del matrimonio que no llevaban más que dos años de casados. ¡No, no es posible!... La duquesa hablaba de grandes cantidades entregadas, sin duda, a esa mujer. Yo sé dónde Arturo guarda su libreta de cheques... Sí, en uno de los cajones de ese bureau. Si yo quisiera podría enterarme. ¡Ah, yo sabré!... (*Abre el cajón.*) No, no; debe ser algún error. Indudablemente... (*Se levanta y se dirige hacia el centro de la escena.*) Alguna habladoría estúpida. ¡Él me quiere! ¡Me quiere! Pero... ¿y por qué no mirar? Al fin y al cabo, soy su mujer; tengo derecho a hacerlo. (*Vuelve al bureau, coge el libro de cheques y lo examina página por página. Al acabar, sonríe y exhala un suspiro de alivio.*) ¡Estaba segura! ¡No hay una sola palabra de verdad en esa historia absurda! (*Vuelve a dejar el libro en el cajón. Al hacerlo así, tiene un estremecimiento y saca otro libro de cheques.*) ¡Otro libro!... ¡Personal!... ¡Y cerrado con llave! (*Trata de abrirlo inútilmente. Echa de ver entonces un cortapapel del bureau, y con la ayuda de él corta la cubierta del libro.*) ¡Mistress Erlynne!... 700 libras... ¡Mistress Erlynne, 400 libras!... ¡Oh, era verdad! ¡Qué horror!

(Arroja el libro al suelo. Entra LORD WINDERMERE Por el fondo.)

LORD WINDERMERE.- ¿Qué, han traído ya el abanico? *(Al dirigirse hacia ella ve el libro de cheques en el suelo.)* Margarita, ¿tú has abierto a la fuerza el libro de cheques? ¡No tenías ningún derecho a ello!

LADY WINDERMERE.- ¿Te parece mal que te haya desenmascarado, eh?

LORD WINDERMERE.- Me parece mal que una mujer espíe a su marido.

LADY WINDERMERE.- Yo no te he espiado. Hasta hace media hora no he sabido que existía esa mujer. Una persona compasiva tuvo la bondad de decirme lo que ya sabe todo Londres: tus visitas diarias a esa casa, tu absurda pasión, las enormes cantidades que te cuesta esa mujerzuela...

LORD WINDERMERE. - ¡Margarita, no hables así de mistress Erlynne! ¡Tú no sabes lo injusta que eres!

LADY WINDERMERE.- ¡Cuánto te preocupa el honor de mistress Erlynne! ¡Ojalá te preocupase tanto el mío!

LORD WINDERMERIL.- Tu honor está intacto, Margarita. Tú no puedes creer un instante que yo... *(Guardando de nuevo el libro de cheques en el bureau.)*

LADY WINDERMERE.- Lo que creo es que gastas tu dinero absurdamente. Eso es todo. ¡Oh, no vayas a creer que es el dinero lo que me preocupa! Por mí, puedes tirar todo el que tenemos. No; lo que me asombra y me confunde es que tú, que me has querido; tú que me has enseñado a quererte, puedas pasar así del amor que se da al amor que se vende. ¡Eso es lo horrible! (*Se sienta en el sofá.*) ¡Me siento como degradada! Tú no sientes nada; pero yo me siento manchada, envilecida. Tú no puedes comprender lo odioso, lo repugnante que me parecen ahora estos seis últimos meses. Cada beso que me diste lo tengo ahora aquí quemándome la memoria.

LORD WINDERMERE.- (*Yendo hacia ella.*) ¡No digas eso, Margarita! ¡Tú eres la única mujer que yo he querido en el mundo!

LADY WINDERMERE.- (*Levantándose.*) ¿Quién es esa mujer, entonces? ¿Por qué has tomado una casa para ella?

LORD WINDERMERE.- Yo no he tomado una casa para ella.

LADY WINDERMERE.- Le has dado el dinero para tomarla, que es lo mismo.

LORD WINDERMERE. - Margarita, desde que yo conozco a mistress Erlynne...

LADY WINDERMERE. - Pero, ¿hay realmente alguna mistress Erlynne, o es un mito?

LORD WINDERMERE.- Su marido murió hace años. Está sola en el mundo.

LADY WINDERMERE.- ¿Sin ningún pariente?
(Un momento de silencio.)

LORD WINDERMERE.- Sin ninguno.

LADY WINDERMERE.- Un poco raro parece.

LORD WINDERMERE. - Margarita, iba a decirte y te ruego que me escuches- que desde que yo conozco a mistress Erlynne su conducta ha sido intachable. Si en otros tiempos...

LADY WINDERMERE. - ¡Oh, basta, basta! ¡No necesito detalles de su vida!

LORD WINDERMERE.- No voy a darte detalles de su vida. Lo único que quiero decirte es que mistress Erlynne fue en otro tiempo una mujer honrada, querida, respetada. Era de una gran familia, ocupaba una gran posición... Pues bien; lo perdió todo, renunció a todo si quieres. Esto hace el caso todavía más amargo. Las desgracias que vienen de fuera, de los demás, o del destino, pueden siquiera soportarse; son accidentes inevitables.

¡Pero sufrir por culpa propia.... ah, ésa es la verdadera maldición de la vida!... Además, fue hace veinte años. Era poco más que una niña. Llevaba todavía menos tiempo de casada que tú.

LADY WINDERMERE.- Te advierto que no me interesa lo más mínimo esa mujer... Y creo que deberías de abstenerte de hablar de mí al mismo tiempo que de ella. Es una falta de tacto. (*Se sienta delante del bureau.*)

LORD WINDERMERE. - Margarita, tú podrías salvar, si quisieras, a esa mujer. Ella necesita volver a entrar en sociedad y necesita que tú la ayudes. (*Acercándose a ella.*)

LADY WINDERMERE.- ¿Yo?

LORD WINDERMERE.- Sí, tú.

LADY WINDERMERE.- ¡Habrás visto insolencia! (*Pausa.*)

LORD WINDERMERE. - Margarita, quiero pedirte un gran favor, y te lo pido, a pesar de que hayas descubierto lo que creí poder ocultarte siempre, es decir: que he dado cantidades bastante crecidas a mistress Erlynne. Necesito que le envíes una invitación para el baile de esta noche.

LADY WINDERMERE. - ¡Estás loco! (*Poniéndose en pie.*)

LORD WINDERMERE.- Te lo suplico. La gente puede hablar de ella lo que quiera, y así lo hacen, en efecto; pero nadie sabe nada concreto en contra suya. Ella ha estado en varias casas... No en casas a que tú irías, desde luego; pero, al fin y al cabo, en casas adonde van muchas señoras de eso que llaman la buena sociedad. Pero esto no la satisface. Ella quiere que tú la recibas.

LADY WINDERMERE.- ¿Como un triunfo para ella, no es eso?

LORD WINDERMERE.- No; sino porque sabe que tú eres una mujer honrada... y que si viene aquí una vez sola, esto podrá ayudarla a vivir más tranquila y feliz de lo que vive ahora. Te aseguro que no haré el menor esfuerzo por que vuelvas a recibirla. ¿Te negarás tú a ayudar a una mujer que trata de rehabilitarse?

LADY WINDERMERE. - ¡Me niego! Cuando una mujer está realmente arrepentida, no desea volver a la sociedad, que causó o vio su ruina.

LORD WINDERMERE.- ¡Te lo suplico!

LADY WINDERMERE. - (*Dirigiéndose hacia la puerta de la derecha.*) Voy a vestirme para la cena, y te ruego que no vuelvas a hablarme de la cuestión esta noche. (*Volviéndose hacia él.*) Tú te figuras, Arturo, que

porque no tengo padre ni madre, estoy sola en el mundo, y que puedes tratarme como se te antoje. Estás equivocado; yo también tengo amigos, muchos amigos.

LORD WINDERMERE. - Margarita, no sabes lo que dices. Estás hablando a tontas y a locas. No quiero discutir contigo; pero insisto en que invites a mistress Erlynne para esta noche.

LADY WINDERMERE.- ¡No haré semejante cosa!

LORD WINDERMERE.- ¿Te niegas?

LADY WINDERMERE.- ¡Resueltamente!

LORD WINDERMERE.- ¡Hazlo por mí, Margarita! ¡Te lo suplico otra vez! ¡Puede ser su salvación!

LADY WINDERMERE. - ¿Ya mí qué me importa?

LORD WINDERMERE. - ¡Qué duras sois las mujeres buenas!

LADY WINDERMERE.- ¡Y los hombres malos, qué blandos!

LORD WINDERMERE.- Ciertamente que ningún hombre puede ser bastante bueno para la mujer con quien se casa... Pero no vayas a imaginar que yo... ¡Oh! ¡La idea sola sería monstruosa!

LADY WINDERMERE.- ¿Y por qué ibas a ser tú diferente de los demás? He oído decir que apenas hay un marido en todo Londres que no consuma su vida en alguna pasión vergonzosa fuera de su hogar.

LORD WINDERMERE.- Yo no soy uno de ellos.

LADY WINDERMERE.- ¿Y a mí quién me lo asegura?

LORD WINDERMERE.- Tu propio corazón. Pero no abramos más abismos entre nosotros. Dios sabe que estos últimos minutos ya nos han separado bastante. Siéntate y escribe la invitación.

LADY WINDERMERE.- Por nada del mundo la escribiré.

LORD WINDERMERE. - (*Dirigiéndose hacia el bureau.*) ¡Lo haré yo entonces! (*Tira de la campanilla se sienta y escribe una tarjeta.*)

LADY WINDERMERE.. - ¿Estás decidido a invitar esa mujer?

LORD WINDERMERE.- Sí. (*Pausa. Entra PARKER.*) Parker, esta carta a mistress Erlynne, calle Curzon número 84. No espera contestación. (*PARKER coge la carta, se inclina y sale.*)

LADY WINDERMERE.- Arturo, si esa mujer viene aquí, la insultaré.

LORD WINDERMERE.- No digas eso, Margarita.

LADY WINDERMERE.- Lo digo, y lo haré.

LORD WINDERMERE.- Si hicieras semejante cosa Margarita, no hay una mujer en todo Londres que no te compadeciese.

LADY WINDERMERE.- No hay una mujer *honrada* en todo Londres que no me aplaudiese. Hemos sido demasiado cobardes las mujeres. Es preciso que demos un ejemplo. Yo lo daré esta noche, si llega el caso. (*Cogiendo el abanico de encima de la mesa.*) Tú me has regalado hoy este abanico; ha sido tu regalo por mi cumpleaños, ¿verdad? Pues si esa mujer entra en mi casa, yo te aseguro que le cruzaré la cara con él.

LORD WINDERMERE.- Tú no harás semejante cosa Margarita.

LADY WINDERMERE.- Tú no me conoces. (*Se dirige hacia la izquierda. Entra PARKER.*) ¡Parker!

PARKER.-;¿Qué manda la señora?

LADY WINDERMERE.- Comeré en mis habitaciones. O, mejor dicho, no comeré. Procure usted que todo esté listo para las diez y media. Y tenga usted cuidado, Parker, de pronunciar los nombres de los invitados con toda claridad. A veces habla usted tan de prisa que no le entiendo. Esta

noche, a fin de no equivocarse, deseo oírlos claramente. ¿Me ha comprendido, Parker?

PARKER.- Perfectamente. Descuide la señora.

LADY WINDERMERE.- ¡Bien! (*Sale PARKER.*) Arturo, si esa mujer viene aquí, te lo advierto...

LORD WINDERMERE. - ¡Nos perderás, Margarita!

LADY WINDERMERE.- ¿Nos? Desde este instante, mi vida está separada de la tuya. Pero si deseas evitar un escándalo, escribe inmediatamente a esa mujer diciéndole que le prohíbo que venga aquí.

LORD WINDERMERE.- ¡Imposible!... ¡No puedo!... ¡Debe venir!

LADY WINDERMERE. - ¡Atente, entonces, a las consecuencias! ¡Tú lo habrás querido! (*Sale por la derecha.*)

LORD WINDERMERE.- (*Llamándola.*) ¡Margarita! ¡Margarita! (*Pausa.*) ¡Dios mío! ¿Qué hacer? ¿Cómo decirle quién es realmente esa mujer? No, no me atrevo. Se moriría de vergüenza... (*Se deja caer en un sillón y esconde el rostro entre las manos.*)

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Salón en casa de lord Windermere. Puerta a la derecha que conduce al salón de baile, donde toca la orquesta. Puerta a la izquierda, por la que entran los invitados. Puerta en el fondo a la izquierda, sobre la terraza iluminada. Palmeras, flores y muchas luces. El salón atestado de gente. Lady Windermere, cerca de la puerta, recibiendo a los invitados

(DUQUESA DE BERWICK, *entrando por el fondo.*)

DUQUESA.- ¡Qué raro que no esté aquí lord Windermere! ¡Y cuánto tarda míster Hopper! ¿Le reservaste los cinco bailes, Agatha? (*Viniendo hacia adelante.*)

AGATEA.- Sí, mamá.

DUQUESA.- (*Sentándose en el sofá.*) Déjame ver tu carnet. Me alegro de que lady Windermere haya resucitado los carnets. Son la única vanguardia de las madres. ¡Tontuela! (*Tachando dos nombres.*) ¡A qué muchacha bonita se le ocurre bailar con unos chicos tan jóvenes! Los últimos vales podrías pasarlos en la terraza con míster Hopper.

(*Entran MÍSTER DUMBY y LADY PLYMDALE, viniendo del salón de baile.*)

AGATHA.- Bueno, mamá.

DUQUESA.- (*Abanicándose.*) ¡Hace allí un fresco tan agradable!

PARKER.- (*Anunciando.*) Mistress Cowper - Cowper, lady Stutfield, sir Jaime Royston, míster Guy Berkeley. (*Van entrando a medida que se los anuncia.*)

DUMBY.- Buenas noches, lady Stutfield. Supongo que éste será el último baile de la temporada...

LADY STUTFIELD.- Yo también lo supongo, míster Dumby. Una temporada deliciosa, ¿verdad?

DUMBY.- ¡Deliciosísima! ¡Buenas noches, duquesa! Supongo que éste será el último baile de la temporada...

DUQUESA.- Yo también supongo. Qué temporada tan aburrida, ¿verdad?

DUMBY.- ¡Aburridísima! ¡Aburridísima!

COWPER.- ¡Buenas noches, míster Dumby! Supongo que éste será el último baile de la temporada.

DUMBY. - ¡Oh!, no creo. Probablemente habrá dos más. (*Se dirige hacia LADY PLYMDALE.*)

PARKER.- (*Anunciando.*) Míster Rufford, Lady Jebburgh y miss Graham. ¡Míster Hopper! (*Van entrando a medida que se los anuncia.*)

HOPPER.- ¿Cómo está usted, Lady Windermere? ¿Cómo está usted, duquesa? (*Se inclina ante AGATHA.*)

DUQUESA. - ¡Querido míster Hopper! ¡Qué amable en haber venido tan temprano! Todos sabemos lo solicitado que es usted en Londres.

HOPPER.- ¡Londres, magnífica ciudad! ¡Aquí no son tan exclusivistas como en Sydney!

DUQUESA.- ¡Ah! Nosotros sabemos lo que usted vale, míster Hopper. ¡Ojalá hubiese muchos hombres como usted! ¡Cuánto más agradable y más fácil sería la vida! Sabe usted, míster Hopper, Agatha y yo estamos interesadísimas por la Australia. Debe de ser preciosa; con todos aquellos

canguros corriendo por todos lados. Agatha la ha encontrado en el mapa. ¡Qué forma tan curiosa tiene! Lo mismo, lo mismo que un gran paquete. Sin embargo, es un país muy joven, ¿verdad?

HOPPER.- Pero, ¿no fue hecho al mismo tiempo que los demás, duquesa?

DUQUESA.- ¡Bromista! ¡Cuánto ingenio tiene usted, míster Hopper! Un ingenio completamente peculiar. Bueno; no le detenemos más.

HOPPER.- Pero yo querría bailar con lady Agatha, duquesa.

DUQUESA.- No sé si le quedará libre algún baile. ¿Te queda libre algún baile, Agatha?

AGATHA.- Sí, Mamá.

DUQUESA.- ¿El próximo?

AGATHA.- Sí, mamá.

Hopper.- ¿Podría entonces tener el honor... (LADY AGATHA *se inclina afirmativamente.*)

DUQUESA.- ¡Que cuide usted bien de mi pequeña parlanchina, míster Hopper!

(LADY AGATHA y MÍSTER HOPPER *entran en la sala de baile. Entra LORD WINDERMERE.*)

LORD WINDERME RE. - Margarita, tengo necesidad de hablarte.

LADY WINDERMERE. - Dentro de un instante.
(*Cesa la música.*)

PARKER. - (*Anunciando.*) ¡Lord Augusto Lorton!

AUGUSTO. - ¡Buenas noches, lady Windermere!

DUQUESA.- Sir Jaime, ¿quiere usted conducirme al salón de baile? Augusto ha estado hoy cenando con nosotros y ya es bastante Augusto por esta noche. (SIR JAIME ROYSTON *da el brazo a la DUQUESA y la escolta hasta el salón de baile.*)

PARKER.- (*Anunciando.*) Míster y mistress Arturo Bowden. Lord y lady Paisley. Lord Darlington.

(*Van entrando a medida que se los anuncia.*)

AUGUSTO.- (*Acercándose a LORD WINDERMERE.*) Necesito hablar contigo en particular, hijo mío. Estoy hecho una sombra. Sí, ya sé que lo parezco. Pero nadie es realmente lo que parece. Lo que yo necesito saber es: ¿quién es ella? ¿De dónde sale? ¿Por qué demonios no tiene ningún condenado pariente? ¡Malditos parientes! ¡Lástima que le den a uno cierta respetabilidad!

LORD WINDERMERE.- ¿Te refieres a mistress Erlynne, supongo? Y, ¿qué sé yo? Hace seis meses

nada más que la conozco. Hasta entonces, ni siquiera sabía que existiese.

AUGUSTO.- Pero desde entonces acá me parece que la has conocido bastante, ¿eh?

LORD WINDERMERE.- (*Fríamente.*) Sí, la he visto bastante. Precisamente ahora vengo de verla.

AUGUSTO. - ¡Ay! No te puedes figurar cómo la detestan las mujeres. Esta noche he estado cenando con Arabela. ¡Por Júpiter! Me gustaría que hubieses oído lo que dijo de mistress Erlynne. ¡Buena la puso!... La verdad, hijo mío, que no sé qué hacer con mistress Erlynne. Me trata con una indiferencia que ni que estuviéramos casados. Eso sí, es más lista que una ardilla. Lo explica todo. ¡Con decirte que te explica a ti! Sí, sobre ti tiene un montón de explicaciones... Y todas distintas.

LORD WINDERMERE.- Mi amistad con mistress Erlynne no necesita ninguna explicación.

AUGUSTO. - ¡Jem!... Bueno; oye, hablando de otra cosa: ¿crees tú que mistress Erlynne conseguirá alguna vez entrar en esa condenada cosa que llaman sociedad? ¿La presentarías tú a tu mujer? Sin rodeos, ¿la presentarías tú?

LORD WINDERMERE.- Mistress Erlynne va a venir aquí esta noche.

AUGUSTO.- ¿Tu mujer le ha enviado una invitación?

LORD WINDERMERE.- Mistress Erlynne ha recibido una invitación.

AUGUSTO.- ¡Magnífico, querido! ¿Por qué no lo dijiste antes? Me habría evitado una porción de cavilaciones.

(LADY AGATHA Y MISTER HOPPER *cruzan la escena, y salen a la terraza.*)

PARKER. - (*Anunciando.*) Míster Cecilio Graham

CECILIO.- (*Después de inclinarse ante LADY WINDERMERE.*) Buenas noches, Arturo. ¿Por qué no me pregunta cómo estoy? Me encanta que la gente me pregunte cómo estoy y se interese por mi salud. Esta noche no me siento completamente bien. He comido con la familia. ¿Por qué serán siempre tan aburridos los parientes? Figúrate que mi padre se puso a hablar de moral en la sobremesa. Yo le dije que ya tenía suficiente edad para hablar de algo más interesante. ¡Hola, Tuppy! (A AUGUSTO.) Me han dicho que ya estarías cansado del juego.

AUGUSTO. - ¡Qué frívolo eres, querido, qué frívolo!

CECILIO.- Lo que quieras. Pero dime: ¿estuviste dos veces casado y una divorciado, o dos veces divorciado y una casado? Yo más bien me inclino a creer lo último.

AUGUSTO.- Tengo una memoria pésima. Realmente, no me acuerdo. (*Se aleja hacia la derecha.*)

LADY PLYMDALE.- Lord Windermere, quiero preguntarle a usted una cosa.

LORD WINDERMERE. - Perdón... Dentro de un momento soy con usted. Ahora tengo que hablar mi mujer.

LADY PLYMDALE. - ¡No se le ocurra a usted semejante cosa! Hoy día es sumamente peligroso para un marido estar cariñoso con su mujer en público. Hace siempre pensar que le pega cuando están solos. ¡La gente se ha vuelto tan escéptica! Pero bueno; ya se lo diré a usted en la mesa. (LADY PLYMDALE *se dirige hacia el salón de baile.*)

LORD WINDERMERE.- (*Acercándose a su mujer.*)
¡Margarita! Necesito hablarte.

LADY WINDERMERE. - ¿Quiere usted tenerme el abanico, lord Darlington? Gracias. (*Apartándose un poco con LORD WINDERMERE.*)

LORD WINDERMERE. - Margarita, no pensarás ya lo que dijiste antes, ¿verdad?

LADY WINDERMERE.- ¿ Esa mujer vendrá aquí esta noche?

LORD WINDERMERE.- Sí, mistress Erlynne vendrá; pero piensa que si la insultas, si promueves algún escándalo, a ambos, a ti y a mí, nos cubrirá de dolor y de vergüenza. ¡Recuerda lo que te digo! ¡Ah, Margarita!, ¿por qué no fías en mí? ¡Una mujer debe tener siempre confianza en su marido!

LADY WINDERMERE. - Londres está lleno de mujeres que tienen confianza en sus maridos. Es muy fácil reconocerlas. Todas tienen la cara muy triste. Yo no quiero ser una de ellas. (*Separándose de él.*) Lord Darlington, ¿quiere usted devolverme mi abanico? ¡Gracias! Un abanico es a veces muy útil, ¿verdad? Tengo necesidad de un verdadero amigo esta noche, lord Darlington. No sabía que lo iba a necesitar tan pronto.

LORD DARLINGTON.- Yo sí tenía la seguridad de que ese día no tardaría en llegar. Pero ¿por qué precisamente esta noche, lady Windermere?

LORD WINDERMERE. - (*Aparte.*) Sí, se lo diré... No hay más remedio... Sería terrible un escándalo... ¡Margarita!

PARKER.- (*Anunciando.*) ¡Mistress Erlynne! (LORD WINDERMERE *se estremece. Entra MISTRESS ERLYNNE, muy digna y muy elegante. LADY WINDERMERE, aprieta convulsivamente el abanico, y luego lo deja caer sobre la alfombra. Hace una reverencia glacial a MISTRESS ERLYNNE, que se inclina, a su vez, con mucha gentileza, y avanza por el salón.*)

LORD DARLINGTON.- Ha dejado usted caer el abanico, lady Windermere. (*Lo recoge del suelo y se lo tiende.*)

MISTRESS ERLYNNE.- ¿Cómo sigue usted, lord Windermere? ¡Qué preciosa está su mujer! ¡Un verdadero cuadro!

LORD WINDERMERE.- (*En voz baja.*) ¡Ha sido una temeridad de usted el venir!

MISTRESS ERLYNNE.- (*Sonriendo.*) Lo más sensato que he hecho en toda mi vida. ¡Ah!, no va, usted a dejarme sola mucho tiempo esta noche. Me dan un miedo terrible las mujeres. Debe usted presentarme a alguna. Con los hombres sé yo arreglármelas. ¿Qué tal, lord Augusto? Me ha tenido usted muy olvidada estos últimos tiempos. Desde ayer que no he visto a usted, ¿a que ya me es usted infiel. Sí, sí, me lo han contado.

AUGUSTO.- Verá usted, mistress Erlynne. Yo explicaré a usted...,

MISTRESS ERLYNNE.- No, no, mi querido lord Augusto; usted no es capaz de explicar nada. Es su principal encanto.

AUGUSTO.- ¡Ah, desde el momento que me encuentra usted algún encanto, mistress Erlynne (*Siguen conversando juntos. LORD WINDERMERE va de un lado a otro por el salón, presa de cierto malestar, observando a MISTRESS ERLYNNE.*)

LORD DARLINGTON.- (A LADY WINDERMERE.) ¡Qué pálida se ha puesto usted!

LADY WINDERMERE.- ¡Todos los cobardes se ponen pálidos!

LORD DARLINGTON.- Parece como si se sintiera usted mal. ¿Quiere usted que salgamos a la terraza?

LADY WINDERMERE.- ¡Bueno! (A PARKER.) ¡Parker, que me envíen mi capa a la terraza!

MISTRESS ERLYNNE.- (*Dirigiéndose hacia LADY WINDERMERE.*) ¡Qué artísticamente iluminada está su terraza, lady Windermere! Me recuerda la del príncipe Doria, en Roma. (LADY WINDERMERE *se inclina fríamente, y sale con LORD DARLINGTON.*)

MISTRESS ERLYNNE. - ¡Ah! ¿Es usted, míster Graham? ¿Qué tal? ¿No es ésa su tía, lady Jedburgh? Me gustaría conocerla.

GRAHAM.- (*Después de un momento de vacilación y de embarazo.*) ¡Oh, con mucho gusto! ¡Tía Carolina, permítame usted que le presente a mistress Erlynne!

MISTRESS ERLYNNE.- ¡Encantada de conocerla, lady Jedburgh! (*Sentándose en el sofá junto a ella.*) Su sobrino y yo somos grandes amigos. A mí me interesa muchísimo su carrera política. Estoy segura de que ha de llegar adonde se proponga. Piensa como un conservador, y habla como un radical; cosa tan importante hoy día. Además, ¡habla tan bien! Es uno de los *causeurs* más deliciosos que he conocido. Claro que tiene de quien sacarlo. Ayer mismo me decía lord Allandale, en el Parque, que míster Graham habla casi tan bien como su tía.

LADY JEDBURGH.- ¡Oh, es usted muy amable, amiga mía! (*MISTRESS ERLYNNE sonríe y continúa la conversación.*)

DUMBY.- (*A GRAHAM.*) Pero ¿has presentado a mistress Erlynne a tu tía?

GRAHAM.- ¿Y qué hacer, querido? No tuve más remedio. Esa mujer consigue todo lo que se propone. ¿Cómo? ¡No lo sé!

DUMBY.- Espero que no se le ocurrirá venir a hablarme. (*Se acerca a LADY PLYMDALE.*)

MISTRESS ERLYNNE.- (A LADY BILSTON.)
¿El jueves? ¡Encantada! (*Se levanta y habla aparte con LORD WINDERMERE, riendo.*) ¡Qué fastidio tener que estar amable con estas ancianas! ¡Pero, en fin, resignación!

LADY PLYMDALE.- (A MÍSTER DUMBY.)
¿Quién es esa señora tan bien vestida que está hablando con Windermere?

DUMBY.- ¡No tengo la menor idea! Parece una edición de lujo de una de esas perversas novelas francesas para la exportación.

MISTRESS ERLYNNE.- Mire usted allí al pobre, Dumby, acaparado por lady Plymdale. Me han dicho que es horriblemente celosa. Él parece tener ni un pocas ganas de hablar conmigo esta noche. Supongo que tendrá miedo de ella. Esas mujeres de cabellos pajizos suelen tener un carácter tremendo. Bueno; ¿quiere usted que demos una vuelta de vals por el salón? (LORD WINDERMERE *se muerde los labios y frunce el ceño.*) Así, lord Augusto rabiará de celo ¡Lord Augusto! (*Se acerca LORD AUGUSTO.*) Lord Windermere se empeña en bailar conmigo el primero, y como está en su casa, no puedo decirle

que no. Usted sabe que yo bailarí con usted de mucha mejor gana.

AUGUSTO.- (*Inclinándose.*) ¡Ojalá fuera eso cierto, mistress Erlyne!

MISTRESS ERLYNNE.- De sobra lo sabe usted. Usted es un hombre con el que se podría bailar a través de la vida casi sin sentir.

AUGUSTO.- (*Poniéndose la mano sobre la pechera.*) ¡Oh, gracias, gracias! ¡Es usted la más adorable de las mujeres!

MISTRESS ERLYNNE.- ¡Delicioso discurso! ¡Tan sencillo y tan sincero! Así deberían ser todos los discursos. Bueno; téngame usted el ramo mientras tanto. (*Se dirige hacia el salón de baile, del brazo de LORD WINDERMERE.*) ¡Hola, míster Dumby! ¿Cómo está usted? ¡Cuánto siento no haber estado en casa las tres últimas veces que fue usted! Venga a comer el viernes.

DUMBY.- (*Con gran mirada.*) ¡Encantado! (*LADY PLYMDALE le lanza una mirada de indignación. LORD AUGUSTO sigue a MISTRESS ERLYNNE y LORD WINDERMERE al salón de baile, con el ramo en la mano*)

LADY PLYMDALE.- (*A MÍSTER DUMBY.*) ¡Embustero! ¡No se le puede a usted creer una

palabra! ¿Por qué me dijo que no la conocía? ¿Qué significan esas tres visitas de que hablaba? Supongo que no tendrá usted la desfachatez de ir a comer allí el viernes, ¿eh?

DUMBY.- ¡Pero, mi querida Laura, ni que decir tiene!

LADY PLYMDALE. - ¡Todavía no me ha dicho usted cómo se llama! ¿Quién es?

DUMBY.- (*Tosiendo ligeramente y pasándose la mano por la cabeza.*) Una tal mistress Erlynne.

LADY PLYMDALIE.- ¿Esa mujer?...

DUMBY.- Sí; así la llama todo el mundo.

LADY PLYMDALE.- ¡Qué interesante! Tengo que fijarme mejor. (*Yendo a la puerta del salón de baile y mirando hacia adentro.*) Cuentan de ella una porción de horrores. Dicen que está arruinando al pobre Windermere. ¿Y lady Windermere, que pasa por tan mojigata, la invita? ¡Qué divertido! No hay como una mujer buena para hacer tonterías. El viernes irá a comer a su casa.

DUMBY.- ¿Yo? ¿Por qué?

LADY PLYMDALE. - Porque quiero que lleve a mi marido. En estos tiempos está tan solícito conmigo que no sé ya qué hacer para que me deje en paz. Una mujer así, que le distraiga, es lo que le está

haciendo falta. Usted no sabe lo útiles que son estas mujeres. Como que son la verdadera base de los demás matrimonios.

DUMBY. - ¡Es usted un enigma!

LADY PLYMDALE.- (*Mirándole.*) ¡Ojalá lo fuese usted también!

DUMBY.- Y lo soy.... para mí, por lo menos. Soy la única persona en el mundo que me gustaría conocer a fondo; pero hasta ahora, no veo la probabilidad de conseguirlo. (*Entran en el salón de baile, en el momento en que LADY WINDERMERE y LORD DARLINGTON vuelven de la terraza.*)

LADY WINDERMERE.- Sí; su venida aquí es monstruosa, intolerable. Ahora comprendo lo que quería usted decirme esta tarde. ¿Por qué no me hablo usted francamente? ¡Era su deber!

LORD DARLINGTON. - ¡No podía! Un hombre no puede contar estas cosas de otro hombre. Pero si yo hubiese sabido que iba a obligar a usted a que invítase a esa mujer, quizá lo habría hecho. Este insulto: por lo menos, lo hubiera usted evitado.

LADY WINDERMERE.- Yo no la he invitado. Fu él quien se empeñó en que viniera..., a pesar de mi amenazas..., a pesar de mis órdenes... ¡Ah!, siento como si esta casa estuviese ya mancillada para

siempre; como si todas las mujeres que me rodean hiciesen burla de mí al verla bailar con mi marido... ¿Qué he hecho yo para merecer esto? Yo le entregué mi vida entera... Él la tomó... y la perdió... ¡Me siento degradada ante mis mismos ojos! Y me falta el valor... Y me siento cobarde... (*Siéntase en el sofá.*)

LORD DARLINGTON.- Y yo la conozco a usted mal, o usted no es capaz de seguir viviendo con un hombre que la trata a usted así. ¿Qué vida sería la de usted a su lado? ¿No pensaría usted, acaso, que todo lo que decía era mentira? Sí, su misma mirada le parecería a usted falsa, y falsa su voz, y falsas sus caricias, y falso su amor. Él vendría a usted cuando estuviese cansado de las otras; y usted tendría que consolarlo. Vendría a usted cuando no estuviese consagrado a las otras; y usted tendría que hacerle la vida agradable. Tendría usted que ser la careta de su vida real, el manto que tapase su secreto.

LADY WINDERMERE.- Tiene usted razón... una terrible razón... Pero ¿adónde volverme? Usted dije que quería ser para mí un verdadero amigo, Lord Darlington... Dígame usted: ¿qué debo hacer? Sea usted mi amigo en este momento.

LORD DARLINGTON.- Entre un hombre y una mujer no hay amistad posible. Hay amor, odio, pasión, pero no amistad. Yo la quiero a usted...

LADY WINDERMERE.- (*Poniéndose en pie*) ¡No, no!

LORD DARLINGTON.- ¡Sí, yo la quiero a usted! Usted es más para mí que el mundo entero. ¿Qué le da a usted su marido? ¡Nada! Todo lo que hay en él, él lo da a esa miserable mujer, que se ha atrevido a presentar a usted, a traer a su casa, para humillarla a usted delante de todo el mundo. Yo la ofrezco a usted mi vida...

LADY WINDERMERE.- ¡Lord Darlington!

LORD DARLINGTON.- Mi vida..., mi vida entera. Tómela usted; haga con ella lo que se le antoje... Yo la quiero a usted..., la quiero como no he querido nunca nada en el mundo. ¡Desde el momento en que la conocí a usted, la he querido ciegamente, locamente! Usted se dio cuenta entonces... Ahora, ya lo sabe usted. Salga usted hoy mismo de esta casa. Yo no le diré a usted que el mundo no importa, ni el qué dirán. No; importa mucho. Importan demasiado. Pero hay momentos en que es preciso escoger entre vivir la vida propia de uno plenamente, hondamente, a arrastrar una de esas existencias falsas, superficiales, degradantes,

que el mundo en su hipocresía exige. Ese momento se le ha presentado a usted ahora. ¡Elija!

LADY WINDERMERE. - (*Apartándose lentamente de él y mirándole con ojos medrosos.*) No me atrevo...

LORD DARLINGTON. - (*Signiéndola.*) Sí; es preciso que usted se atreva... Serán seis meses de dolor, de desesperación acaso; pero cuando, en vez de su nombre, lleve usted el mío, todo cambiará. Tenga usted valor. Margarita, amor mío... ¡Reflexione usted! ¿Qué es usted ahora? Esa mujer ocupa el sitio que pertenece por derecho propio a usted. ¡Oh, salga, salga usted de esta casa, alta la cabeza, con la sonrisa en los labios! Todo Londres sabrá por qué lo hizo usted; y ¿quién se atrevería a censurarla? ¡Nadie! Y si lo hacen, ¿qué importa? ¿Que está mal? ¿Qué es lo que está mal? Mal está que un marido abandone a su mujer por otra, indigna y sin pudor. Mal está que una mujer permanezca con el hombre que la deshonra. Usted decía antes que nunca transigiría. Pues bien, ¡no transija usted ahora! ¡Valor! ¡Atrévase a ser usted misma!

LADY WINDERMERE.- Me da miedo ser yo misma... ¡Déjeme usted reflexionar! ¡Aguardemos!

¡Mi marido puede volver a mí! (*Se sienta de nuevo en el sofá.*)

LORD DARLINGTON.- ¿Y usted lo recibiría? No es usted entonces la mujer que yo creía. Es usted como todas. Dispuesta a soportarlo todo antes que arrostrar la censura de un mundo cuya alabanza usted misma desprecia. No pasará una semana sin que se la vea a usted paseando por el Parque en compañía de esa mujer. Será la amiga más íntima de usted, su inseparable. Usted lo soportará todo antes que cortar de un golpe ese nudo monstruoso. Decía usted bien: es usted muy cobarde.

LADY WINDERMERE.- ¡Ah, deme usted tiempo de pensar! No me es posible contestarle ahora. (*Se pasa febrilmente la mano por la frente.*)

LORD DARLINGTON.- Tiene que ser ahora o nunca.

LADY WINDERMERE.- (*Levantándose del sofá.*)
Entonces... ¡nunca!

LORD DARLINGTON.- ¡Me destroza usted el corazón!

LADY WINDERMERE.- ¡El mío ya está destrozado!

LORD DARLINGTON.- Mañana saldré de Inglaterra. Esta es la última vez que la veo a usted.

No volveremos a encontrarnos nunca. Durante un instante nuestras vidas se han cruzado, nuestras almas se han tocado. Ya no volverán a cruzarse nunca... Adiós, Margarita. (*Sale.*)

LADY WINDERMERE.- ¡Qué sola estoy en la vida! ¡Qué espantosamente sola! (*Cesa la música. Entran la DUQUESA DE BERWICK y LORD PAISLEY, hablando y riendo. Salen otros invitados del salón de baile.*)

DUQUESA. - Querida Margarita, acabo de tener una conversación deliciosa con mistress Erlynne. Siento mucho haberla dicho a usted lo que la dije esta tarde. Por otra parte, no cabe duda que debe de ser una persona bien desde el momento en que usted la invita. Es muy simpática y muy sensata, al parecer. Me ha dicho que no aprueba que nadie se case por segunda vez; así que ya me siento tranquila por el pobre Augusto. No sé por qué la gente habla tan mal de ella. Culpa, sin duda, de esas horrendas sobrinas mías - las chicas de Saville-, que están siempre trayendo y llevando chismes. Sin embargo, yo que usted me iría una temporadita fuera. Por si acaso. Es demasiado atractiva. Pero ¿dónde está Agatha? ¡Ah!... allí viene. (*Entran de la terraza LADY AGATHA y MÍSTER HOPPER.*) Estoy muy enfa-

dada con usted, míster Hopper, ¿Por qué, con lo delicada que es, se la ha llevado usted a la terraza?

HOPPER. - ¡Cuánto lo siento, duquesa! No salimos más que por un momento; pero hablando hablando se nos paso el tiempo.

DUQUESA.- ¡Ah, hablando! ¿Sin duda de la querida Australia?

HOPPER. - ¡Exacto!

DUQUESA. - ¡Agatha, querida! (*Llamándola aparte.*)

AGATHA.- ¿Qué, mamá?

DUQUESA. - ¿Qué?... ¿Al fin, míster Hopper?...

AGATHA.- Sí, mamá.

DUQUESA.- ¿Y tú, le has contestado, mi alma?

AGATHA.- Que sí, mamá.

DUQUESA.- (*Muy afectuosamente.*) ¡A encanto! Tú siempre oportuna. ¡Míster Hopper! ¡Jaime! Agatha acaba de contármelo todo. ¡Qué bien han guardado ustedes el secreto!

HOPPER.- ¿Entonces, no se opone usted a que me lleve a Agatha a Australia, duquesa?

DUQUESA.- (*Con gran indignación.*) ¿A Australia? ¡Oh, no me hable usted de ese horrendo país!

HOPPER.- Pues ella me ha dicho que le gustaría ir allí conmigo.

DUQUESA.- (*Severamente.*) ¿Tú has dicho eso, Agatha?

AGATHA.- Sí, mamá.

DUQUESA.- Tú siempre diciendo tonterías, Agatha. La plaza de Grosvenor me parece un sitio mucho más sano para vivir. Ya sé que hay una porción de gente desagradable que vive en la plaza de Grosvenor; pero siquiera no son esos horribles canguros corriendo por todos los lados. Pero bueno; ya hablaremos de esto mañana. Venga usted a almorzar a casa, como es natural. A la una y media, en lugar de a las dos. Creo que el duque querrá hablar un rato con usted.

HOPPER.- Yo también me alegraré de hablar con el duque, duquesa. Todavía no me ha dicho una sola palabra.

DUQUESA.- Pues mañana ya verá usted cómo tiene una porción que decirle. (*Salen AGATHA y MÍSTER HOPPER.*) Y ahora, buenas noches, Margarita. Nada, la historia de siempre: el amor...

LADY WINDERMERE.- ¡Buenas noches, duquesa!

(*Salen la DUQUESA DE BERWICK y LORD PAISLEY, del brazo.*)

LADY PLYMDALE.- ¡Mi querida Margarita, qué mujer tan preciosa ésa con que bailaba su marido! Yo, en lugar de usted, me sentiría celosa. ¿Es amiga de usted?

LADY WINDERMERE.- No.

LADY PLYMDALE.- ¿ De veras? Buenas noches, querida. (*Dirige una mirada a MÍSTER DUMBY, y sale.*)

DUMBY.- ¡Qué modales tan ordinarios tiene ese Hopper!

GRAHAM.- ¡Ah!, es un *gentleman* de la Naturaleza. El tipo más desagradable de *gentleman* que conozco.

DUMBY.- ¡Qué mujer tan sensata lady Windermere! ¿Eh? ¡Cuántas, en su caso, se hubiera opuesto a recibir a mistress Erlynne! Eso prueba que lady Windermere tiene esa cosa tan poco corriente que se llama sentido común.

GRAHAM.- Y que Windermere sabe que nada se parece tanto a la inocencia como la prudencia.

DUMBY.- ¡Sí; el querido Windermere se está volviendo casi moderno! ¡Quién lo hubiera creído! (*Saludan a LADY WINDERMERE, y salen.*)

LADY JEDBURGH.- ¡Buenas noches, lady Windermere! ¡Qué mujer tan seductora esa mistress Erlynne! El jueves vendrá a comer a casa. ¿Quiere usted venir también? Espero al obispo y a lady Merton.

LADY WINDERMERE.- Lo siento mucho, lady Jedburgh; pero estoy comprometida.

LADY JEDBURGH.- Yo también lo siento. ¡Otro día será! ¡Vamos, querido!

(*Salen* LADY JEDBURGH y MÍSTER GRAHAM.

Entran MISTRESS ERLYNNE y LORD WINDERMERE.)

MISTRESS ERLYNNE.- ¡Ha sido una fiesta deliciosa! Me ha recordado tiempos pasados. (*Se sienta en el sofá.*) Y he visto que sigue habiendo en sociedad tantos tontos como antes. ¡Qué agradable ver que nada ha cambiado! Excepto Margarita. Se ha puesto preciosa. La última vez que la vi, hace veinte años, era un esperpento vestido de franela; un verdadero esperpento, se lo aseguro a usted... Bueno; ¿no sabe usted que es muy posible que llegue a ser cuñada de la duquesa?

LORD WINDERMERE.- (*Sentándose a la izquierda de ella.*) ¡Cómo! ¿Pero?...

(*Salen GRAHAM y el resto de los invitados. LADY WINDERMERE observa con una mirada de sarcasmo y de tristeza a MISTRESS ERLYNNE y su marido. Ninguno de los dos se ha dado cuenta de la presencia de ella.*)

MISTRESS ERLYNNE.- ¡Naturalmente! Mañana, a mediodía, vendrá a casa. Él quería hacer su declaración esta noche. Y, en realidad, no ha hecho otra cosa. Usted sabe lo que el pobre Augusto se repite. ¡Una pésima costumbre! Pero yo le he dicho que hasta mañana no podré contestarle. Claro que le diré que sí. Y me atrevo a asegurar que seré una esposa perfecta. Todo lo perfecta que puede ser una esposa. Además, lord Augusto tiene también sus cualidades. Y, afortunadamente, todas en la superficie; como deben estar siempre las buenas cualidades. Espero, como es natural, que usted me ayudará en este asunto.

LORD WINDERMERE. - ¿Supongo que no querrá usted que yo me encargue de alentar a lord Augusto?

MISTRESS ERLYNNE. - ¡Oh, no! Para alentarle me basto yo. Pero usted me asegurará una pequeña posición, ¿verdad, Windermere?

LORD WINDERMERE.- (Frunciendo el ceño.) ¿Es de eso de lo que quería usted hablarme esta noche?

MISTRESS ERLYNNE. - Precisamente.

LORD WINDERMERE. - (*Con un gesto de impaciencia.*) No me parece oportuno aquí.

MISTRESS ERLYNNE. - (*Riendo.*) Vayamos entonces a la terraza. Hasta los negocios requieren un fondo pintoresco, ¿no le parece a usted, Windermere? Con un fondo apropiado, una mujer puede permitírsele todo.

LORD WINDERMERE.- ¿Y no sería lo mismo mañana?

MISTRESS ERLYNNE.- No; mañana tengo que contestar a lord Augusto. Y creo que no estaría mal que le dijese que contaba... ¿Qué cantidad le parece a usted?... ¿Dos mil libras al año? Herencia de un primo tercero..., o un segundo marido..., o cualquier otro pariente lejano por el estilo, ¿No cree usted que sería un atractivo más? A ver, se le presenta a usted una deliciosa ocasión de decirme un cumplido. Pero no; no tiene usted disposición para los cumplidos.

Sin duda Margarita le tiene a usted muy mal acostumbrado. Y hace mal. Cuando los hombres dejan de decir cosas agradables, dejan también de pensarlas. Bueno; volviendo a lo que hablábamos, ¿le parece a usted dos mil libras? O mejor, dos mil quinientas. En la vida moderna hay que contar con los extraordinarios. ¿No encuentra usted, Windermere, que el mundo es una cosa muy divertida? Yo sí lo encuentro. *(Salen ambos a la terraza. Vuelve a dejarse oír la música.)*

LADY WINDERMERE.- ¡No es posible continuar en esta casa, no es posible!... Esta noche, un hombre que me quiere me ofreció su vida; y yo la rehusé. ¡Fue una locura!... ¡Ah! ¡Yo le ofreceré ahora la mía! ¡Yo le daré la mía! *(Se pone la capa y se dirige hacia la puerta. Luego vuelve atrás, se sienta en una mesita y escribe una carta, que deja, bajo sobre, encima de la mesa.)* Arturo nunca me ha comprendido. Cuando lea esto me comprenderá. Que haga lo que guste de su vida. Yo hago con la mía lo que puedo; lo que debo. Él es quien ha roto el lazo del matrimonio... No yo. Yo sólo rompo su esclavitud. *(Sale.)*

(*Entra PARKER por la izquierda, cruzando la escena en dirección al salón de baile. Entra MISTRESS ERLYNNE.*)

MISTRESS ERLYNNE.- ¿Está lady Windermere en el salón de baile?

PARKER.- La señora acaba de salir.

MISTRESS ERLYNNE.- ¿De salir? ¿No está en la terraza?

PARKER.- No señora. La señora acaba de salir de casa.

MISTRESS ERLYNNE.- (*Se estremece y mira al criado con expresión de asombro.*) ¿De la casa?

PARKER.- Sí, señora. Me ha dicho que había dejado una carta para el señor sobre la mesa.

MISTRESS ERLYNNE.- ¿Una carta para lord Windermere?

PARKER.- Sí, señora.

MISTRESS ERLYNNE. - ¡Gracias! (*Sale PARKER. Cesa la música en el salón de baile.*) ¡Salido de la casa! ¡Una carta para su marido! (*Se dirige a la mesa y mira la carta, la coge y vuelve a dejarla, con un estremecimiento de espanto.*) ¡No! ¡No! ¡Imposible! ¡La vida no repite así sus tragedias! ¿Cómo puede haberseme ocurrido semejante absurdo? ¿Por qué

me viene ahora a la memoria el único momento de mi vida que querría olvidar? ¿Sería posible que la vida repitiese sus tragedias? (*Abre el sobre y lee la carta. Enseguida se desploma en un sillón con un gesto de agonía.*) ¡Horrible! ¡Horrible! ¡Las mismas palabras que hace veinte años escribí yo a su padre! ¡Y qué duramente he sido castigada por ellas! ¡Ah, no; mi castigo, mi verdadero castigo empieza esta noche, ahora!

(*Entra LORD WINDERMERE.*)

LORD WINDERMERE.- ¿Se ha despedido usted ya de Margarita?

MISTRESS ERLYNNE.- (*Estrujando la carta para ocultarla.*) Sí.

LORD WINDERMERE. - ¿Dónde está?

MISTRESS ERLYNNE.- Está muy cansada... Se ha ido a descansar... Dijo que le dolía un poco la cabeza.

LORD WINDERMERE.- Voy a verla. Con su permiso...

MISTRESS ERLYNNE. - (*Poniéndose en pie precipitadamente.*) ¡Oh, no, no es nada! Un poco de cansancio, simplemente. Además, todavía quedan invitados en el comedor. Tiene usted que disculparla.

Dijo que deseaba que no la molestasen. (*Se le cae la carta.*) Me encargó se lo dijese a usted.

LORD WINDERMERE. - (*Recogiendo la carta.*) Se le ha caído a usted una cosa.

MISTRESS ERLYNNE.- ¡Ah, sí, gracias, es mía! (*Extendiendo la mano para cogerla.*)

LORD WINDERMERE. - (*Mirando todavía la carta.*) ¿Pero no es ésta letra de mi mujer?

MISTRESS ERLYNNE.- (*Apoderándose de la carta rápidamente.*) Sí... es... una dirección. ¿Quiere usted decir que avisen a mi coche?

LORD WINDERMERE. - ¡Con mucho gusto! (*Sale.*)

MISTRESS ERLYNNE. - ¡Gracias! ¿Qué hacer? ¿Qué hacer? Siento despertarse dentro de mí un sentimiento que yo no conocía. ¿Qué quiere decir esto?... No; la hija no debe ser como la madre; no lo será... ¡Sería horrible! Pero, ¿cómo salvarla? ¿Cómo salvar a mi hija? Un momento de retraso puede arruinar para siempre su vida. ¿Quién puede saberlo mejor que yo? Es preciso que Windermere se ausente de casa; sí, es indispensable... (*Se dirige hacia la izquierda.*) Pero, ¿cómo conseguirlo? ¡Hay que hacer algo! ¡Ah!

(*Entra LORD AUGUSTO con el ramo todavía en la mano.*)

AUGUSTO.- ¡Amiga mía, me tiene usted con el alma en un hilo! ¿No podría usted darme ya un respuesta definitiva?

MISTRESS ERLYNNE. - Escúcheme bien, lord Augusto. Va usted a llevarse a lord Windermere al club inmediatamente, y tratará usted de retenerlo allí todo el tiempo que le sea posible. ¿Me ha comprendido usted?

AUGUSTO.- Pero ¿no decía usted que deseaba verme madrugar?

MISTRESS ERLYNNE. - (*Febrilmente.*) ¡Haga usted lo que le digo!

AUGUSTO.- ¿Y qué recompensa?

MISTRESS ERLYNNE.- ¿Qué recompensa? ¡Oh, pídamela usted mañana! Pero, ¡por Dios!, no pierda usted de vista esta noche a Windermere. Si le deja usted escapar, no se lo perdonaré en mi vida. No volveré a dirigirle la palabra, ni querré saber más de usted. Tenga usted presente que es preciso que retenga a Windermere en el club toda la noche, y que vuelva a su casa, lo más pronto, al amanecer.
(*Sale.*)

AUGUSTO.- Bueno; no sé qué más puedo pedir. Realmente, me trata ya como si fuera su marido. ¡No sé qué más puedo pedir! (*La sigue entre satisfecho y desconcertado.*)

TELON

ACTO TERCERO

Habitación en casa de lord Darlington. Un ancho diván frente a la chimenea, a la derecha. Al fondo, una cortina corrida, ocultando el balcón. Puertas a izquierda y derecha. Mesa a la derecha, con recado de escribir. Velador en el centro, con sifones, vasos y botellas. Velador a la izquierda, con cajas de cigarrillos, puros, ceniceros, etc. Encendidas las lámparas

LADY WINDERMERE.- (*En pie junto a la chimenea.*)
¿Por qué no vendrá? ¡Esta espera es horrible! ¡Ya debería estar aquí!... ¿Por qué no está aquí, para reanimarme con sus palabras de fuego? Me siento helada..., helada como un ser sin amor... Ya Arturo, a estas horas, debe de haber leído mi carta. Si

realmente me quisiera un poco, habría venido a buscarme, me hubiera llevado de aquí a la fuerza... Pero ¿qué soy ya para él? ¡Menos que nada! Él está encadenado a esa mujer... Fascinado por ella... dominado. Para dominar a un hombre no hay como acudir a lo que hay de peor en él. Nosotras hacemos dioses de los hombres, y éstos nos abandonan. Otras los hacen sus animales, y ellos las acarician y son fieles. ¡Qué repugnante es la vida!... ¡Oh!, fue una locura venir aquí, una locura; sin embargo, ¿qué es peor? ¿Estar a merced de un hombre que me quiere o ser la mujer de un hombre que en mi propia casa me deshonoraría?... Pero ¿me querrá siempre, acaso, este hombre al que voy a entregar mi vida? ¿Qué le doy yo al fin y al cabo? Unos labios que han perdido el acento de la alegría, unos ojos cegados por las lágrimas, unas manos frías y un corazón helado... Debo irme, sí.. No, no puedo irme; mi carta me ha puesto en su poder. Arturo no me recibiría... No, lord Darlington sale de Inglaterra mañana. Me iré con él... No me queda otro camino. *(Cae sentada en una silla y queda unos momentos abismada en su meditación. Al fin, con un estremecimiento, se levanta y se envuelve de nuevo en su capa.)* ¡No, no! Me vuelvo a casa. Que Arturo haga de mí lo que quiera. No

puedo aguardar aquí. Fue una locura el venir. ¡Debo irme! En cuanto a lord Darlington... ¡Ah!, ¿ahí está? ¿Qué hacer? ¿Qué decirle? ¿Se opondrá a que me vaya? ¡Qué horror! ¡Oh! (*Esconde el rostro entre las manos.*)

(*Entra MISTRESS ERLYNNE por la izquierda.*)

MISTRESS ERLYNNE.- ¡Lady Windermere!
(*LADY WINDERMERE se estremece y levanta los ojos. Luego retrocede, con un gesto de desprecio.*) ¡Gracias a Dios que he llegado a tiempo! ¡Es preciso que vuelva usted inmediatamente a casa de su marido!

LADY WINDERMERE. - ¿Preciso?

MISTRESS ERLYNNE. - (*Autoritariamente.*) ¡Sí, preciso! No hay un segundo que perder. Lord Darlington puede volver de un momento a otro.

LADY WINDERMERE. - ¡No se acerque usted!

MISTRESS ERLYNNE.- ¡Ah! Está usted al borde de la ruina. A la orilla de un espantoso precipicio. Es preciso que salga usted inmediatamente de aquí. Abajo, en la esquina, tengo el coche. Venga usted conmigo. (*LADY WINDERMERE se despoja de la capa, que tira sobre el sofá.*) Pero, ¿qué hace usted?

LADY WINDERMERE.- Mistress Erlynne... Si no llega usted a venir, yo sola habría vuelto. Pero ahora que la veo a usted, comprendo que por nada del mundo me sería ya posible vivir bajo el mismo techo que lord Windermere. ¡Me da usted asco! Hay en usted un no sé qué que me llena de ira. Y sé por qué ha venido usted aquí. Mi marido la envía para que me convenza de que vuelva a casa y les sirva a ustedes de pantalla.

MISTRESS ERLYNNE.- ¡Oh! ¡No es posible que usted piense eso, no es posible!

LADY WINDERMERE.- Vuelva usted a mi marido, mistress Erlynne. Suyo es, y no mío... Sin duda, es el escándalo lo que teme, ¿verdad? ¡Qué cobardes son los hombres! Infringen las leyes del mundo, y temen luego el qué dirán del mundo. Pero ya puede irse preparando. Tendrá escándalo. Un escándalo como hace muchos años que no lo ha habido en Londres. Verá su nombre y el mío en los periódicos más inmundos.

MISTRESS ERLYNNE.- ¡No!... ¡No!

LADY WINDERMERE.- ¡Sí! Lo tendrá... Si hubiera venido él mismo, acaso hubiese vuelto a esa vida de degradación que usted y él me preparaban... Sí, a punto de volver estaba ya. ¡Pero quedarse él en

casa y enviarme a usted de embajadora!... ¡Qué infamia!

MISTRESS ERLYNNE. - ¡Lady Windermere, es usted terriblemente injusta conmigo... e injusta también con su marido. El no sabe que está usted aquí. Él cree que usted está sana y salva en su casa, durmiendo en su propia alcoba. ¡Él no ha leído la carta insensata que usted le ha escrito!

LADY WINDERMERE.- ¿Qué no la ha leído?

MISTRESS ERLYNNE.- No... Él no sabe nada.

LADY WINDERMERE.- ¡Qué inocente me cree usted! (*Dirigiéndose hacia ella.*) ¡Está usted mintiendo!

MISTRESS ERLYNNE. - (*Dando un paso atrás.*) No miento. Le estoy diciendo a usted la verdad.

LADY WINDERMERE.- Si mi marido no ha leído mi carta, ¿cómo es posible que esté usted aquí? ¿Quién le dijo a usted que yo había abandonado la casa donde usted había tenido la desvergüenza de entrar? ¿Quién le dijo a usted dónde estaba yo? ¿Quién sino mi marido pudo ser? (*Alejándose de ella.*)

MISTRESS ERLYNNE. - Su marido no ha visto la carta. Yo fui quien la vi... y la abrí... y la leí.

LADY WINDERMERE.- ¿Cómo? ¿Usted ha abierto la carta que yo dejé para mi marido? ¿Usted se ha atrevido ?...

MISTRESS ERLYNNE. - ¿Atrevido? ¡Oh! para salvarla a usted del abismo en que está a punto de caer, no hay nada en el mundo a que yo no me atreviera, ¡nada! Aquí tiene usted la carta. Su marido repito que no la ha leído, ni la leerá nunca. (*Dirigiéndose a la chimenea.*) ¡Nunca debería haber sido escrita! (*La rompe y arroja los pedazos al fuego.*)

LADY WINDERMERE. - (*Con un infinito desprecio en la voz y en la mirada.*) ¿Y qué me prueba que ésta fuera realmente mi carta? ¡Usted se figura que se me puede coger en el lazo más burdo!

MISTRESS ERLYNNE. - ¡Ay! ¿Por qué no cree usted nada de lo que le digo? ¿Qué objeto piensa usted que puedo yo tener al venir aquí, sino salvarla a usted de la ruina, salvarla de las consecuencias de un error funesto? Esa carta que acabo de quemar era la de usted. ¡Se lo juro!

LADY WINDERMERE. - Mucha prisa se dio usted a quemarla, antes de dejármela ver. No puedo creerla ¿Cómo usted, cuya vida es toda una mentira, iba a poder decir alguna vez la verdad?

MISTRESS ERLYNNE.- Piense usted de mí lo que quiera... Diga contra mí lo que se antoje.... per venga usted conmigo. Venga usted a reunirse de nuevo con un marido que usted quiere.

LADY WINDERMERE.- (*Tristemente.*) ¡Ya no lo quiero!

MISTRESS ERLYNNE.- Sí, le quiere usted; y usted sabe que la adora.

LADY WINDERMERE.- Él no sabe lo que es el amor. Tan ignorante está de él como usted... Pero de sobra veo lo que usted quiere... Sería para usted un gran triunfo hacerme volver a casa. ¿Y qué vida sería entonces la mía? ¡Vivir a merced de una mujer despiadada y perversa; una mujer cuyo contacto es infamante, cuyo conocimiento es deshonroso; una mujer que viene a interponerse entre marido y mujer!

MISTRESS ERLYNNE.- (*Con gesto de desesperación.*) ¡Lady Windermere, lady Windermere, no diga usted esas cosas! ¡Usted no sabe lo terribles que son, lo terribles y lo injustas! ¡Escúcheme usted! ¡Es preciso que me escuche! ¡Vuelva usted junto a su marido, y le prometo que de aquí en adelante no tendré ya la menor relación con él, ni volveré a verle.... ni intervendré para nada en su vida ni en la de usted! El dinero que él me dio, no me lo dio por amor, sino por odio; no porque me quisiera, sino porque me despreciaba. La influencia que yo tengo sobre él...

LADY WINDERMERE.- ¡Ah! ¿Luego confiesa usted que tiene influencia?

MISTRESS ERLYNNE.- Sí; y voy a decirle a usted cuál es... Es el amor que le tiene a usted, lady Windermere.

LADY WINDERMERE.- ¿ Y se figura usted que voy a creerlo ?

MISTRESS ERLYNNE.- ¡Debe usted creerlo! Es la verdad. Su amor a usted fue lo que hizo que se sometiera a mí... ¡Oh! Llámelo usted como quiera: tiranía, amenazas, lo que usted quiera. Sí, su amor a usted. Su deseo de evitarle... una vergüenza y un sufrimiento.

LADY WINDERMERE. - ¿Qué quiere usted decir? ¡Es usted una insolente! ¿Qué tengo yo que ver con usted?

MISTRESS ERLYNNE.- (*Humildemente.*) Nada. Lo sé... Pero yo le digo a usted que su marido la quiere..., que jamás podrá usted volver a encontrar un amor semejante... jamás... y que si renuncia usted a él, día llegará en que tenga usted sed de amor y no lo encuentre, en que mendigue usted amor y le sea negado... ¡Ah, Arturo la quiere a usted!

LADY WINDERMERE.- ¿Arturo? ¿Le llama usted Arturo? ¿Y dice que no hay nada entre ustedes?

MISTRESS ERLYNNE.- Lady Windermere, ante el cielo le juro a usted que su marido es inocente de toda culpa contra usted... Y yo.... yo le aseguro a usted que si hubiera podido ocurrírseme que una sospecha semejante podía nacer en usted, habría preferido cien veces morir que interponerme en su vida... Sí, cien veces.

LADY WINDERMERE.- Habla usted como si, realmente, tuviese corazón. Las mujeres como usted no tienen corazón. Se compran y se venden.

MISTRESS ERLYNNE.- *(Se estremece con un gesto de dolor. Luego se contiene y dirígese hacia donde está sentada LADY WINDERMERE. Al hablar, tiende las manos hacia ella, pero sin atreverse a tocarla.)* Crea usted de mí lo que quiera. Yo no merezco un solo minuto de tristeza. ¡Pero no arruine usted su vida por mi causa! Usted no sabe lo que le reserva el Destino, si no sale usted inmediatamente de esta casa. Usted no sabe lo que es caer en el abismo, ser despreciada, abandonada de todos, convertirse en un objeto de burla... ¡Ser un paria! ¡Encontrar cerradas todas las puertas, tener que vivir casi a escondidas, temiendo

que a cada momento le arranquen a una la careta; y mientras tanto, tener que estar oyendo de continuo la risa del mundo, una risa horrenda, mucho más trágica que todas las lágrimas! ¡Usted no sabe lo que es eso! ¡Paga una su pecado, y vuelve a pagarlo una y otra vez y toda la vida! Usted no debe conocer jamás esto... En cuanto a mí, si el sufrimiento es una expiación, pues bien, en este momento acabo de expiar todas mis faltas, por grandes que hayan sido. Esta noche usted ha dado un corazón a quien no lo tenía... Lo ha dado, y lo ha roto... Pero ¿qué importa? Yo puedo haber arruinado mi vida; pero no le dejaré a usted que arruine la suya. Usted es todavía una niña, y se perdería. Usted no tiene el carácter que hace falta para poder volver atrás. No; usted no tiene ni la habilidad ni el valor necesarios. ¡Usted no podría soportar el deshonor! ¡No! ¡Vuelva usted con su marido, que la quiere a usted, y a quien usted quiere!... Además, usted tiene un niño, lady Windermere. Vuelva usted con su niño, lady Windermere, que acaso en este mismo momento la está llamando a usted... (LADY WINDERMERE *se pone en pie.*) Dios le dio a usted ese hijo para que usted velase por él y le preparase una vida tranquila. ¿Qué contestará usted a Dios si esa vida queda

destrozada por culpa de usted? ¡Vuelva usted a su casa, lady Windermere!... Su marido la quiere. Ni un solo momento ha faltado a ese amor. Pero aunque él tuviese mil amores distintos, usted debe quedarse al lado de su hijo. ¡Aunque fuera duro con usted, usted debe quedarse al lado de su hijo! ¡Aunque la maltratase, usted debe quedarse al lado de su hijo! ¡Aunque la abandonase, el sitio de usted es al lado de su hijo! (LADY WINDERMERE *rompe a llorar, escondiendo el rostro entre las manos.* MISTRESS ERLYNNE, *precipitándose hacia ella.*) ¡Lady Windermere!

LADY WINDERMERE. - (*Tendiéndole las manos instintivamente, como haría una niña.*) Lléveme usted a casa.... lléveme usted a casa.

MISTRESS ERLYNNE. - (*Está a punto de abrazarla, pero se contiene. Un resplandor de suprema alegría anima su rostro.*) ¡Vamos! ¿Dónde está su capa? (*Recogiéndola del diván.*) Aquí está. Póngasela usted. ¡Vamos enseguida! (*Se dirigen hacia la puerta.*)

LADY WINDERMERE.- ¡Silencio! ¿No oye usted voces?

MISTRESS ERLYNNE. - ¡No, no! ¡No es nada!

LADY WINDERMERE.- ¡Sí es! ¡Escuche! ¡Oh, es la voz de mi marido! ¡Viene hacia aquí! ¡Sálveme us-

ted! ¡Ah, esto debe ser algún complot! ¡Usted lo ha mandado a buscar! (*Voces dentro.*)

MISTRESS ERLYNNE.- ¡Silencio! Yo estoy aquí para salvarla a usted, si puedo. ¡Pero temo que sea demasiado tarde! ¡Allí! (*LADY WINDERMERE se esconde detrás de la cortina.*)

(*Dentro.*) ¡Es absurdo, mi querido Arturo! ¡Nada, que no te dejamos ir!

MISTRESS ERLYNNE.- ¡Lord Augusto! ¡Entonces soy yo la que estoy perdida! (*Titubea un momento, mira en torno suyo y, al fin, viendo la puerta de la derecha, se mete por ella. Entran.*)

DUMBY. - ¡Qué fastidio que nos echen del club a esta hora! ¡Si no son más que las dos! (*Dejándose caer en un sillón.*) La hora más a propósito para divertirse. (*Bosteza y cierra los ojos.*)

LORD WINDERMERE. - Realmente, lord Darlington, es usted muy amable permitiendo a Augusto que le imponga así nuestra compañía; pero siento no poder estar más que un momento.

LORD DARLINGTON.- El que lo siente soy yo. Fumará usted siquiera un puro, ¿no?

LORD WINDERMERE.- ¡Gracias!

AUGUSTO.- Hijo mío, no pienses en irte. Tengo que hablar mucho contigo y de cosas de suma importancia. (*Se sienta junto a la mesa de la izquierda.*)

GRAHAM. - ¡Ya, ya sabemos de lo que se trata! ¿De qué va a hablar Tuppy sino de mistress Erlynne?

LORD WINDERMERE.- Pero eso no creo que tenga que ver nada contigo, ¿eh, Cecilio?

GRAHAM - ¡En absoluto! Por eso me interesa. Mis cosas siempre me aburren mortalmente. Prefiero las ajenas.

LORD DARLINGTON. - ¿Quieren ustedes beber algo? ¿Quieres tú un *whisky and soda*, Cecilio?

GRAHAM.- Gracias. (*Se dirige hacia el velador en que está LORD DARLINGTON.*) ¿Te fijaste lo guapa que estaba mistress Erlynne esta noche?

LORD DARLINGTON.- Confieso que no soy uno de sus admiradores.

GRAHAM.- Yo no lo era; pero ahora lo soy. ¡Figúrate que me hizo que la presentara a la pobre tía Carolina! Y uno de estos días creo que va a comer allí.

LORD DARLINGTON.- (*Sorprendido.*) ¿Es posible?

GRAHAM.- ¡Y tan posible!

LORD DARLINGTON.- Ustedes me dispensarán, pero me voy mañana de viaje, y tengo que escribir algunas cartas. (*Se sienta a la mesa y se pone a escribir.*)

DUMBY.- ¡Mujer muy inteligente, la tal mistress Erlynn!

GRAHAM.- ¡Caramba, Dumby! Yo te creía dormido.

DUMBY.- ¡Y generalmente lo estoy!

AUGUSTO. - ¡Una mujer inteligentísima! ¡Ah! Ella sabe lo rematadamente tonto que soy yo...; lo sabe tan bien como yo mismo. (GRAHAM *se vuelve hacia él, riendo.*) Sí, sí, ríete, hijo mío; pero tú no sabes la suerte que es encontrar una mujer que nos comprenda.

DUMBY.- ¡Una cosa peligrosísima! Siempre acaban por casarse con uno.

GRAHAM.- ¡Pero yo creía, Tuppy, que habías decidido no volver a verla! Sí, anoche mismo me lo dijiste en el club. Me dijiste que te habían contado... (*Le habla al oído.*)

AUGUSTO. - ¡Oh! Ella me lo explicó todo.

GRAHAM.- ¿Y la historia de Wiesbaden?

AUGUSTO. - También me la explicó.

DUMBY.- ¿Y sus medios de existencia, Tuppy ¿Te explicó también eso?

AUGUSTO.- (*Con mucha seriedad.*) Me lo explicará mañana. (GRAHAM *vuelve junto a la mesa de centro.*)

GRAHAM.- ¡Ah! Mistress Erlynne tiene ante sí un magnífico porvenir.

DUMBY.- ¿Un porvenir? ¡Y un pasado!

AUGUSTO.- Prefiero las mujeres que tienen un pasado. Son las únicas con que se puede hablar.

GRAHAM.- (*Levantándose y dirigiéndose de nuevo hacia él.*) ¿Sí? Pues lo que es con mistress Erlynne me parece que no ha de faltarle conversación, querido Tuppy.

AUGUSTO.- Hijo mío, te estás volviendo insoportable. Si yo no fuera el hombre de mejor carácter más bonachón que hay en Londres...

GRAHAM.- Te hablaríamos con más respeto; ¿no es eso, Tuppy? (*Pasean de arriba abajo.*)

DUMBY.- La juventud de hoy día es tremenda. No tiene el menor respeto a los cabellos teñidos. (LOR AUGUSTO *lanza en torno suyo una mirada colérica.*)

GRAHAM.- Mistress Erlynne respeta muchísimo al querido Tuppy.

DUMBY.- En ese caso, mistress Erlynne da un admirable ejemplo al resto de su sexo. Es monstruoso cómo se portan hoy día la mayor parte

de la mujeres con los hombres que no son sus maridos.

LORD WINDERMERE.- No digas tonterías, Dumby; y tú, Cecilio, procura contener un poco la lengua. Me parece que ya es hora de que dejéis en paz a mistress Erlynne. Realmente, no sabéis nada en contra suya y, sin embargo, os pasáis el día difamándola.

GRAHAM.- Mi querido Arturo, yo nunca difamo a nadie. Me contento con chismorrear lo que puedo.

LORD WINDERMERE.- ¿Y qué diferencia ves entre la difamación y la chismografía?

GRAHAM.- ¡Oh, la chismografía es siempre deliciosa! La Historia no es más que una simple chismografía. La difamación, en cambio, es la chismografía echada a perder por la moral. Y yo jamás moralizo. Un hombre que moraliza es, generalmente, un hipócrita. Y una mujer que moraliza, es invariablemente fea. No hay nada en el mundo tan molesto como la conciencia de una puritana. Afortunadamente, casi todas lo saben.

AUGUSTO.- Lo mismo pienso yo, querido; exactamente lo mismo.

GRAHAM.- Lo siento, Tuppy; en cuanto alguien está de acuerdo conmigo, se me antoja que debo estar equivocado.

AUGUSTO. - Hijo mío, cuando yo tenía tu edad...

GRAHAM.- ¡Pero si nunca la has tenido, Tuppy! ¡Ni la tendrás! (*Dirigiéndose a la mesa donde está LORD DARLINGTON.*) Oye, Darlington, ¿tendrías por ahí unas cartas? ¿Tú jugarás, eh, Arturo?

LORD WINDERMERE.- No, gracias; no puedo.

DUMBY.- (*Suspirando.*) ¡Santo Dios! ¡Cómo estropea el matrimonio a un hombre! Es tan perjudicial como el fumar, y mucho más costoso.

GRAHAM.- ¿Tú sí jugarás, verdad, Tuppy?

AUGUSTO.- (*Sirviéndose un brandy and soda.*) Imposible, querido. He jurado a mistress Erlynne no volver a jugar ni a beber.

GRAHAM.- Mi querido Tuppy, no vayas ahora a dejarte extraviar por los senderos de la virtud. En cuanto te corrijas serás una perfecta calamidad, y no habrá quien te soporte. Eso es lo peor que tienen las mujeres. Todas se empeñan en que seamos buenos. Y si por casualidad lo somos cuando las conocemos, no se enamoran de nosotros. Les gusta encontrarnos malos, con todos los defectos, y dejarnos buenos, sin ningún atractivo.

LORD DARLINGTON.- (*Levantándose de la mesa, donde ha estado escribiendo.*) ¡Siempre nos encuentran malos!

DUMBY.- No creo que seamos malos. Al contrario, todos somos buenos, exceptuando a Tuppy.

LORD DARLINGTON.- No; todos vivimos en el cielo, pero algunos levantamos los ojos hacia las estrellas. (*Se sienta junto al velador del centro.*)

DUMBY.- ¿Todos vivimos en el cielo, pero algunos levantamos los ojos hacia las estrellas? ¡Caramba, Darlington! ¿Sabes que estás romántico esta noche?

GRAHAM.- ¡Demasiado romántico! Debe de andar enamorado. ¿Quién es ella?

LORD DARLINGTON.- (*Mirando instintivamente hacia LORD WINDERMERE.*) La mujer que yo quiero no es libre, o cree no serlo.

GRAHAM.- ¡Una mujer casada! ¿Nada menos? ¡Ah! No hay nada como el cariño de una mujer casada. Ésa es una cosa de que ningún marido tiene la menor idea.

LORD DARLINGTON. - ¡Oh! Ella no me corresponde. Es una mujer honrada. La única que he encontrado en mi vida.

GRAHAM.- ¿La única mujer honrada que has encontrado en tu vida?

DUMBY.- (Encendiendo un cigarrillo.) ¡Caramba qué suerte tienes! Yo, en cambio, he encontrado un sinfín de mujeres honradas. Como que el mundo está literalmente atestado de ellas.

LORD DARLINGTON.- Esta mujer que yo digo es la inocencia y la pureza personificadas. Tiene todo lo que los hombres han perdido.

GRAHAM.- ¿Y qué demonios iban a hacer los hombres con la inocencia y la pureza, hijo mío? Un corbata bien hecha es de mucho más efecto.

DUMBY. - Entonces, ¿quedamos en que ella no te quiere?

LORD DARLINGTON.- ¡No, no me quiere!

DUMBY.- Pues te doy la enhorabuena. En este mundo no hay más que dos tragedias: una, no conseguir lo que se desea; otra, conseguirlo. La segunda es la peor de las dos. ¡Ah, ésa sí que es una verdadera tragedia! Por eso me alegro de saber que no te quiere. Oye, Cecilio, ¿cuánto tiempo podrías tú querer a una mujer que no te correspondiese?

GRAHAM.- ¿A una mujer que no me correspondiese? ¡Oh, toda la vida!

DUMBY.- Como yo. Pero ¡es tan difícil encontrarla!

LORD DARLINGTON.- ¿Cómo podrás ser tan presuntuoso, Dumby?

DUMBY.- Te aseguro que no lo digo por presunción. Lo digo con pena. El caso es que me han querido ciegamente, locamente. Y lo deploro. No sabes lo molesto que ha sido. A mí me gusta, de cuando en cuando, tener algún tiempo libre.

AUGUSTO.- ¿Para educarte, sin duda?

DUMBY.- No, para olvidar lo aprendido. Que es mucho más importante, querido Tuppy.

LORD DARLINGTON.- ¡Qué partida de cínicos sois!

GRAHAM.- ¿Y qué es un cínico?

LORD DARLINGTON.- Un hombre que conoce el precio de todo y el valor de nada.

GRAHAM.- Y un sentimental, mi querido Darlington, es un hombre que atribuye a todas las cosas un valor absurdo y no conoce el precio fijo de ninguna.

LORD DARLINGTON.- ¡Qué divertido eres, Cecilio! Hablas como un hombre de experiencia.
(*Acercándose a la chimenea.*)

GRAHAM.- Y lo soy.

LORD DARLINGTON. - ¡Eres todavía demasiado joven!

GRAHAM.- ¡Gran error! La experiencia es una cuestión de intuición de la vida. Yo la tengo. Tuppy, en cambio, no la tiene. Experiencia es el nombre que da Tuppy a sus errores. Eso es todo. (LORD AUGUSTO *lanza en torno suyo una mirada de indignación.*)

DUMBY. - Experiencia llama todo el mundo a sus errores.

GRAHAM. - (*De espaldas a la chimenea.*) ¡Lástima que se tengan que cometer! (*En este momento echa de ver el abanico de LADY WINDERMERE sobre el sofá.*)

DUMBY.- La vida sería muy aburrida sin ellos.

GRAHAM.- Con que quedamos en que estás enamorado de una mujer honrada y, como es natural le guardas fidelidad absoluta. ¿No es eso, Darlington?

LORD DARLINGTON. - Cuando uno está enamorado de una mujer, todas las demás mujeres le tienen a uno sin cuidado, Cecilio. El amor le cambia a uno.. y yo me siento cambiado.

GRAHAM.- ¿De verdad? ¿Qué me dices?... Oye Tuppy, un momento.

(LORD AUGUSTO *no se entera.*)

DUMBY.- Es inútil que llames a Tuppy. En este instante es lo mismo que si hablastes a una pared.

GRAHAM.- Te advierto que a mí no me gusta hablar con las paredes. Son las únicas que jamás m contradicen. ¡Tuppy!

AUGUSTO.- ¿Qué, qué ocurre? ¿Qué ocurre?
(*Levántase y se dirige hacia GRAHAM.*)

GRAHAM.- Ven aquí, es un secreto. (*Aparte.*)
¿Podrás creer que Darlington, que nos ha estado predicando de moral, y de la pureza del amor, y de otras zarandajas por el estilo, tenía todo este tiempo aquí, en su casa, escondida a una mujer?

AUGUSTO.- ¿Qué me dices? ¡No es posible!

GRAHAM.- ¡Te digo que sí! Mira, ahí está su abanico. (*Señalando el abanico.*)

AUGUSTO.- (*Conteniendo a duras penas la risa.*)
¡Caramba! ¡Ésa sí que es buena!

LORD WINDERMERE.- No tengo más remedio que irme, lord Darlington. Siento que se vaya usted tan pronto de Inglaterra. Tenga usted la bondad de venir a casa cuando regrese. Mi mujer y yo tendremos mucho gusto en verle.

LORD DARLINGTON.- (*Dirigiéndose a la puerta con LORD WINDERMERE.*) Me parece que tardaré

bastantes años en volver a Inglaterra. ¡Buenas noches!

GRAHAM. - ¡Arturo!

LORD WINDERMERE.- ¿Qué?

GRAHAM.- Espera. Tengo que decirte una cosa. ¡Ven, ven aquí!

LORD WINDERMERE. - (*Poniéndose el abrigo.*) No puedo... Tengo que irme.

GRAHAM. - Es algo muy particular. Ya verás cómo te interesa.

LORD WINDERMERE.- (*Sonriendo.*) Alguna tontería, sin duda.

GRAHAM.- ¡Qué ha de ser! Ven y verás.

AUGUSTO.- (*Dirigiéndose hacia él.*) Hijo mío, no es posible que pienses irte. Tengo mucho que hablar contigo. Y Cecilio quiere enseñarte una cosa.

LORD WINDERMERE. - (*Caminando hacia GRAHAM.*) Sí? ¿El qué?

GRAHAM.- Darlington tiene una mujer escondida en su casa. Ahí está su abanico. ¿Gracioso, eh?

LORD WINDERMERE.- (*Estremeciéndose.*) ¿Qué es esto? ¿Cómo es posible? (*Se apodera del abanico.*)

GRAHAM.- ¿Qué pasa?

LORD WINDERMERE. - ¡Lord Darlington!

LORD DARLINGTON.- ¿Me llamaba usted?

LORD WINDERMERE.- ¿Qué hace aquí, en casa de usted, el abanico de mi mujer? Déjame, Cecilio. ¡No me toques!

LORD DARLINGTON.- ¿El abanico de su mujer?

LORD WINDERMERE.- Sí, éste; ahí estaba.

LORD DARLINGTON.- ¡No sé! ¡No me lo explico!

LORD WINDERMERE.- ¡Pues tendrá usted que explicármelo! ¡Enseguida! (A GRAHAM.) Tú, haz el favor de quitarte de en medio.

LORD DARLINGTON.- (*Para sí.*) Entonces es que ha venido.

LORD WINDERMERE.- ¡Vamos, hable usted! ¿Por qué está aquí el abanico de mi mujer? ¡Conteste! Voy a registrar toda su casa, y como mi mujer esté aquí...

LORD DARLINGTON.- ¡Usted no registrará mi casa ¡No tiene usted ningún derecho a hacerlo! ¡Yo impediré que lo haga!

LORD WINDERMERE.- ¿Usted?... ¡Canalla! ¡No saldré de esta casa sin registrar hasta el último rincón ¿Qué es lo que se mueve detrás de esa cortina? (*se precipita hacia la cortina.*)

MISTRESS ERLYNNE. - (*Entrando por la puerta por donde salió.*) Lord Windermere.

LORD WINDERMERE.- ¡Mistress Erlynne!
(*Todos, se estremecen, y vuelven hacia ella. LADY WINDERMERE entonces, se desliza de detrás de la cortina y sale de la habitación, sin ser notada, por la puerta de la izquierda.*)

MISTRESS ERLYNNE.- Me parece que, equivocadamente, me he traído el abanico de su mujer en lugar del mío. Crea usted que lo siento. (*Le quita el abanico de las manos. LORD WINDERMERE le lanza una mirada de desprecio. LORD DARLINGTON pone una expresión mezcla de asombro y de ira. LORD AUGUSTO se vuelve a otro lado. DUMBY y GRAHAM se miran sonriendo.*)

TELÓN

ACTO CUARTO

La misma decoración que en el acto primero

LADY WINDERMERE. - (*Echada en el sofá.*)
¿Cómo decírselo? Me moriría de vergüenza... ¿Qué sucedería después de salir yo? Acaso ella le dijera la verdad de todo, y por qué realmente se encontraba allí ese fatal abanico... ¡Ah! Si lo sabe, ¿cómo atreverme yo a mirarle a la cara? ¡No me lo perdonaría jamás!... (*Tirando del cordón de la campanilla.*)
Tan segura como cree una vivir..., lejos de toda tentación, pecado y locura... y luego, de pronto... ¡Ah! La vida es terrible. Ella es la que nos gobierna, y no nosotros a ella.

(*Entra ROSALIA.*)

ROSALÍA.- ¿Me llamaba la señora?

LADY WINDERMERE.- Sí. ¿Se ha enterado usted ya de la hora a que volvió anoche el señor?

ROSALÍA.- El señor no volvió hasta las cinco.

LADY WINDERMERE.- ¿Las cinco? ¿Sabe usted si esta mañana llamó a mi cuarto?

ROSALÍA. - Sí, señora, a las nueve y media. Le dije que la señora aún no se había despertado.

LADY WINDERMERE.- ¿Y no dijo nada?

ROSALÍA.- Sí, algo dijo del abanico de la señora; pero no acabó de comprenderlo. ¿Se le ha perdido acaso el abanico a la señora? Yo no lo he encontrado, y Parker dice que tampoco se quedó en ninguno de los salones. He mirado en todos, y también en la terraza.

LADY WINDERMERE. - Bueno, no importa. Dígale a Parker que no se moleste más. Ya aparecerá. *(Sale ROSALÍA. LADY WINDERMERE se levanta.)*

Se lo dirá. Seguramente que, si no se lo ha dicho, se lo dirá ¿Por qué iba a vacilar entre su pérdida y la mía? ¡Qué extraño! Yo quería afrentarla públicamente en mi casa, y ahora ella acepta el escándalo y la afrenta en casa de otro por salvarme a mí... ¡Qué amargas ironías tiene el

Destino! ¡Y qué lección para mí! ¡Lástima que en la vida recibamos estas lecciones cuando ya no nos sirven de nada! Pues si ella no habla, tendré que hacerlo yo. Es mi deber... ¡Qué vergüenza, qué vergüenza! Decirlo es volver a vivir. En la vida las acciones son la primera tragedia; las palabras segunda, y acaso la peor de las dos. Las palabras implacables... ¡Oh! (*Se estremece al entrar* LORD WINDERMERE.)

LORD WINDERMERE. - (*Besándola.*) ¡Margarita! ¡Qué pálida estás!

LADY WINDERMERE.- He dormido muy mal.

LORD WINDERMERE. - (*Sentándose en el sofá junto a ella.*) ¡Cuánto lo siento! Volví a casa muy tarde y no quise despertarte. Pero... ¿estás llorando?

LADY WINDERMERE.- Sí, estoy llorando... ¡Quiero decirte una cosa, Arturo!

LORD WINDERMERE. - Querida Margarita, tú estás bien. Tienes un poco de cansancio. Te convendría reposar. Si quieres, nos iremos al campo una temporada. Sí, hoy mismo si te parece. Telegrafiaré a Selby, y en el tren de las tres y cuarenta podemos irnos. (*Se levanta y se dirige a la mesa para escribir el telegrama.*)

LADY WINDERMERE.- Sí; vámonos hoy... No, no, Arturo. Antes de irme tengo que ver a una persona..., una persona que ha sido muy buena conmigo.

LORD WINDERMERIE.- (*Levantándose y apoyándose en el sofá.*) ¿Buena contigo?

LADY WINDERMERE.- Más que buena. (*Levantándose y yendo hacia él.*) Ya te diré todo, Arturo. Pero quíereme como me querías antes.

LORD WINDERMERE.- ¿Cómo te quería antes? ¿No pensarás en esa infame mujer que vino aquí anoche? (*Ambos se sientan, uno junto al otro.*) ¡No creerás todavía.... no, no, es imposible!

LADY WINDERMERE. - No, no lo creo. Ahora sé que me equivocaba, que era una tonta.

LORD WINDERMIERE.- Fue una gran prueba de bondad en ti el r recibirla anoche. Pero no debes, bajo ningún concepto, volver a verla.

LADY WINDERMERE.- ¿Por qué dices eso?

LORD WINDERMERE. - (*Cogiéndole una mano.*) Margarita, yo creía que mistress Erlynne era una mujer más víctima que culpable. Creí que sería buena, que volvería a ocupar un sitio que un momento de locura le había hecho perder, y a llevar de nuevo una vida respetable. Creí lo que ella misma me dijo...

Ahora reconozco mi error. Mistress Erlynne es mala... Todo lo mala que una mujer puede ser.

LADY WINDERMERE.- Arturo, Arturo, no hables con esa dureza de una mujer. Yo no creo que las personas puedan ser divididas en buenas y malas, como lo son en especies y razas distintas. Las mujeres que llamamos buenas también llevan en sí muchas cosas terribles, crisis de locura, de orgullo, de celos, de pecado. Las mujeres malas, como nosotros las llamamos, pueden conservar, en cambio, impulsos de arrepentimiento, de dolor, de compasión, de sacrificio... Y yo no creo que mistress Erlynne sea una mujer mala... Estoy segura de que no lo es.

LORD WINDERMERE. - ¡Tú qué puedes saber de eso, Margarita! Yo te digo que es una mujer imposible. Haga lo que haga, aunque intente perjudicarnos, tú no la debes volver a ver. Es una de esas mujeres que no pueden admitirse en ninguna parte.

LADY WINDERMERE. - Pues yo quiero verla. Quiero que vuelva aquí.

LORD WINDERMERE.- ¡Nunca!

LADY WINDERMERE.- ¿No vino aquí una vez invitada por ti? Pues ahora quiero que venga invitada por mí. Me parece que es justo.

LORD WINDERMERE. - ¡Es que no debería de haber venido nunca!

LADY WINDERMERE.- Ya es demasiado tarde para decir eso, Arturo. (*Poniéndose en pie.*)

LORD WINDERMERE. - (*Poniéndose también en pie.*) Margarita, si tú supieses dónde estuvo mistress Erlynne anoche, después que salió de aquí, no te avendría a estar en la misma habitación que ella. Fue algo innoble, vergonzoso.

LADY WINDERMERE.- ¡Arturo, no es posible que calle más tiempo! Es mi deber decírtelo. Anoche...

(*Entra PARKER con el abanico de LADY WINDERMERE y una tarjeta encima de una bandeja.*)

PARKER.- Mistress Erlynne ha venido a traer el abanico de la señora, que se llevó anoche equivocadamente. Ha escrito unas palabras en la tarjeta.

LADY WINDERMERE. - Diga usted a mistress Erlynne que tenga la bondad de subir. (*Leyendo la*

tarjeta.) Dígale también que me alegraré mucho de verla (*Sale PARKER.*) Dice que quiere verme, Arturo.

LORD WINDERMERE. - (*Cogiendo la tarjeta y leyéndola.*) Margarita, te ruego que no lo hagas. Déjame, por lo menos, que hable antes con ella. Es una mujer peligrosísima; la mujer más peligrosa que conozco. Tú no sabes lo que haces. Hija mía, es muy posible que estés al borde de un gran dolor. No vayas, por lo menos, a su encuentro. Te aseguro que es absolutamente necesario que yo la vea antes que tú.

LADY WINDERMERE. - ¿Necesario? ¿Por qué necesario?

PARKER. - (*Anunciando.*) - ¡Mistress Erlynne!

MISTRESS ERLYNNE. - (*Entrando.*) ¿Cómo está usted, lady Windermere? ¡Lord Windermere! ¿Cómo está usted? He sentido mucho, lady Windermere, lo del abanico. No comprendo cómo pude equivocarme así. Tiene usted que dispensarme. He aprovechado la oportunidad de pasar cerca de aquí para venir a traérselo yo misma, y al mismo tiempo, despedirme de usted.

LADY WINDERMERE. - ¿Despedirme? (*Dirigiéndose hacia el sofá con MISTRESS ERLYNNE,* y

sentándose junto a ella.) ¿Es que se va usted fuera, mistress Erlynne?

MISTRESS ERLYNNE.- Sí; me vuelvo a vivir al extranjero. No me sienta bien el clima de Inglaterra. El corazón se resiente un poco, y temo enfermar de veras. Prefiero vivir en el Sur. Hay demasiadas nieblas en Londres y demasiada gente seria, lady Windermere. No sé si serán las nieblas lo que produce la gente seria, o la gente seria lo que produce las nieblas; pero el caso es que ambas me atacan los nervios. Esta misma tarde pienso salir de aquí.

LADY WINDERMERE. - ¿Esta misma tarde? ¡Yo que deseaba tanto ir a verla a usted!

MISTRESS ERLYNNE.- Es usted muy amable..., pero no tengo más remedio que irme.

LADY WINDERMERE.- ¿Y no la volveré a ver a usted, mistress Erlynne?

MISTRESS ERLYNNE. - Temo que no. Nuestras vidas van por caminos muy distintos. Pero... quería pedirle a usted una cosa, lady Windermere. Me gustaría tener un retrato suyo... ¿Podría usted dármelo? No sabe usted cuánto se lo agradecería.

LADY WINDERMERE. - ¡Oh! Con mucho gusto. Ahí, en esa mesa, hay uno. Voy a enseñárselo a usted. (Yendo hacia la mesa.)

LORD WINDERMERE.- (*Llegando hasta MISTRESS ERLYNNE y hablándole en voz baja.*) Es inaudito que, después de lo ocurrido anoche, se atreva usted a venir aquí.

MISTRESS ERLYNNE. - (*Con una sonrisa regocijada.*) ¡Mi querido Windermere, la cortesía primero, la moral después!

LADY WINDERMERE. - (*Volviendo.*) Me parece que me han sacado un poco favorecida... Yo no soy tan bonita. (*Mostrando la fotografía.*)

MISTRESS ERLYNNE.- Es usted mucho más. Pero ¿no tiene usted alguna con su hijito?

LADY WINDERMERE.- Sí que tengo. ¿La preferiría usted?

MISTRESS ERLYNNE. - Sí.

LADY WINDERMERE. - Pues si usted me permite un momento, voy por ella. La tengo arriba.

MISTRESS ERLYNNE.- Siento que se moleste usted por mí, lady Windermere.

LADY WINDERMERE. (*Dirigiéndose hacia la puerta derecha.*) No es ninguna molestia, mistress Erlynne.

MISTRESS ERLYNNE. - Gracias. (*Sale LADY WINDERMERE.*) Parece usted un poco de mal humor esta mañana, Windermere. ¿Cuál es la causa?

Ya ve usted que Margarita y yo estamos en los mejores términos.

LORD WINDERMERE.- No puedo sufrir verla a usted con ella. Además, no me dijo usted la verdad, mistress Erlynne.

MISTRESS ERLYNNE.- No le dije a ella la verdad, querrá usted decir.

LORD WINDERMERE.- (*De pie en medio de la escena.*) A veces preferiría que la hubiese usted dicho. Me habría usted, siquiera, evitado la angustia y las molestias de estos seis últimos meses. Pero con tal de que mi mujer no supiera que la madre que ella creía muerta, la madre que ella había llorado por muerta, vivía aún.... divorciada, con un nombre supuesto, sin honor, llevando una vida de infamia, como ahora sé que lleva usted...; con tal, digo, de que no supiera esto, yo estaba dispuesto a suministrarle a usted dinero, a pagar cuenta tras cuenta, extravagancia tras extravagancia; a exponerme a lo que ocurrió ayer: el primer disgusto que he tenido con mi mujer. Usted no sabe lo que esto supone para mí. ¿Cómo podrá usted saberlo? Pero yo le digo a usted que las únicas palabras amargas que han salido nunca de esos labios tan dulces fueron ocasionadas por usted. ¡No puedo sufrir verla al

lado de usted, que mancha su inocencia!... Yo creí que, a pesar de todas las faltas cometidas, era usted sincera y honrada, y no lo es usted.

MISTRESS ERLYNNE.- ¿Por qué lo dice usted?

LORD WINDERMERE.- Usted me arrancó, a fuerza de ruegos, una invitación para el baile de mi mujer.

MISTRESS ERLYNNE.- Para el baile de mi hija... sí

LORD WINDERMERE. - Vino usted, y una hora después de salir de aquí, la encontraba en casa de un hombre... Está usted deshonrada a los ojos de todos.

MISTRESS ERLYNNE.- Cierto.

LORD WINDERMERE.- Por tanto, tengo derecho a considerarla a usted como lo que es..., una mujer indigna y viciosa. Tengo derecho a prohibirla que vuelva a poner los pies en esta casa ni a tratar de acercarse a mi mujer.

MISTRESS ERLYNNE.- A mi hija, quiere usted decir.

LORD WINDERMERE.- No tiene usted ningún derecho a considerarla como hija. Usted la abandonó cuando estaba aún en la cuna; la

abandonó usted para seguir a su amante, que a su vez la abandonó a usted más tarde.

MISTRESS ERRLYNNE. - ¿Recuerda usted eso en honor de él, lord Windermere..., o mío?

LORD WINDERMERE.- De él, ahora que la conozco a usted.

MISTRESS ERLYNNE.- Tenga cuidado... Va usted demasiado lejos.

LORD WINDERMERE.- ¡Oh! ¿A qué venir ya con eufemismos? La conozco a usted bien a fondo.

MISTRESS ERLYNNE. - Permítame usted que lo dude.

LORD WINDERMERE.- Sí, la conozco a usted a fondo. Durante veinte años vivió usted sin su hija, sin un solo pensamiento para su hija; cuando un día leyó en los periódicos que se había casado con un hombre rico, vio usted el cielo abierto. Usted sabía que para evitarle a ella la ignominia de saber que una mujer como usted era su madre, yo pasaría por todo. Y empezó el chantaje.

MISTRESS ERLYNNE. - (*Encogiéndose de hombros.*) No emplee usted palabras feas, Windermere. Es una ordinariez. Ciertamente que vi la probabilidad que se me ofrecía, y la aproveché.

LORD WINDERMERE.- Sí, la aprovechó usted... y la perdió anoche, al ser descubierta en casa de lord Darlington.

MISTRESS ERLYNNE.- (*Con una extraña sonrisa.*) Tiene usted razón, la perdí anoche.

LORD WINDERMERE.- Y encima, por si fuera poco, se lleva usted de aquí el abanico de mi mujer y se lo deja luego olvidado en el sofá. Fue una equivocación imperdonable. Me parece que no podré ya soportar la vista de ese maldito abanico. No permitiré que mi mujer vuelva a usarlo. Preferiría que lo hubiese usted guardado en vez de devolverlo.

MISTRESS ERLYNNE.- Pues lo guardaré. (*Cogiendo el abanico.*) Es precioso. Se lo pediré a Margarita.

LORD WINDERMERE.- Espero que se lo dará.

MISTRESS ERLYNNE.- ¡Oh! Estoy segura de que no opondrá ninguna objeción.

LORD WINDERMERE.- ¡Ojalá le diese también la miniatura que besa todas las noches antes de rezar! Es la miniatura de una muchacha pura, inocente, de cabellos negros...

MISTRESS ERLYNNE.- ¡Ah, sí, me recuerdo! ¡Qué lejano parece ya ese tiempo! La hicieron antes

de casarme. Los cabellos negros y la expresión inocente eran la moda entonces, Windermere.

LORD WINDERMERE.- ¿Y qué objeto la ha traído a usted aquí esta mañana, si puede saberse?

MISTRESS ERLYNNE.- (*Con un ligero acento de ironía.*) Decir adiós a mi querida hija, como es natural. (LORD WINDERMERE *se muerde los labios de ira.* MISTRESS ERLYNNE *le mira, y su voz y su gesto se tornan graves. En su acento, mientras habla, palpita una nota hondamente trágica. Por un momento se revela del todo.*)

¡Oh, no vaya a creer que pienso tener con ella una escena patética, ni llorar en sus brazos y decirle quién soy!... No. No tengo la menor ambición de desempeñar el papel de madre. Anoche fue, y fue terrible... No sabe usted lo que sufrí. Durante veinte años, como usted dice, he vivido sin hija.... y sin hija quiero seguir viviendo. (*Ocultando su sentimiento con una risa banal.*) Además, mi querido Windermere, ¿qué iba yo a hacer con una hija tan crecida? Margarita tiene veintiún años, yo nunca he confesado más de veintinueve, o treinta, a lo sumo; según la luz. Ya ve usted que sería imposible. No; por mí puede usted dejar a su mujer que continúe venerando la memoria de esa madre muerta y sin mácula. ¿A qué quitarle las ilusiones? Ya me cuesta a mí bastante conservar

las mías. Anoche perdí una. Creí que no tenía corazón, y resulta que lo tengo. Figúrese usted, Windermere: ¿qué voy yo a hacer con el corazón? El corazón le hace parecer a una más vieja, y (*cogiendo de la mesa un espejito de mano y mirándose en él*) echa a perder nuestra carrera en los momentos críticos.

LORD WINDERMERE. - ¡Me da usted horror!

MISTRESS ERLYNNE. - Usted, sin duda, querría verme retirada en un convento, o entrar de enfermera en un hospital, o algo por el estilo, ¿verdad Windermere? Una tontería, amigo mío. Esas cosas pasan en las novelas, pero no en la vida real... Por lo menos, mientras nos queda un rostro pasadero. No..., hoy lo que consuela no es el arrepentimiento sino el placer. El arrepentimiento está completamente pasado de moda. Además, cuando una mujer se arrepiente, si quiere que alguien la crea, tiene que vestirse en casa de una mala modista. Y por nada del mundo me decidiría yo a una cosa semejante. No; me contento con desaparecer por completo de la vida de ustedes. Mi venida aquí ha sido un error. Anoche lo descubrí.

LORD WINDERMERE.- Sí; un error fatal.

MISTRESS ERLYNNE.- (*Sonriendo.*) Casi fatal.

LORD WINDERMERE.- Ahora siento no haberle dicho toda la verdad a mi mujer.

MISTRESS ERLYNNE.- Yo siento mis malas acciones. Usted siente las buenas...; esa es la diferencia que hay entre nosotros.

LORD WINDERMERE.- No me inspira usted confianza. Prefiero decírselo todo a mi mujer. Es mejor que lo sepa; para ella y para mí. Le causará un dolor infinito... La humillará espantosamente; pero es justo que lo sepa.

MISTRESS ERLYNNE.- ¿Qué? ¿Tiene usted la intención de decirle?...

LORD WINDIERMERIC.- Sí; y enseguida.

MISTRESS ERLYNNE.- (*Acercándose a él*) ¡Si lo hace usted, yo haré mi nombre tan infame que el recuerdo de él amargue cada momento de su vida y la cubra de dolor y de vergüenza! ¡Si se atreve usted a decírselo, no hay abismo de degradación que yo no sea capaz de bajar, ni precipicio de ignominia en que yo no me arroje! ¡Usted no se lo dirá!... ¡Se lo prohibo!

LORD WINDERMERE.- ¿Por qué?

MISTRESS ERLYNNE.- Si le dijese a usted que me interesaba por ella, y hasta que la quería..., ¿usted se burlaría de mí, verdad?

LORD WINDERMERE. - Comprendería que no era cierto. El amor materno quiere decir abnegación, altruismo, sacrificio. ¿Qué podría usted saber de todo eso?

MISTRESS ERLYNNE.- Tiene usted razón. ¿Qué puedo yo saber de todo eso?... Bueno; no hablemos más de la cuestión. Quedamos en que no le dirá usted a mi hija quién soy. Es mi secreto, y no el de usted. Si me decido a decírselo, y puede que así lo haga, yo misma se lo diré antes de salir de esta casa... En caso contrario, no lo sabrá nunca.

LORD WINDERMERE.- (*Con irritación.*) Entonces, permítame usted que le suplique que salga de esta casa inmediatamente. Yo la disculparé con Margarita.

(*Entra LADY WINDERMERE por la derecha. Se dirige hacia MISTRESS ERLYNNE con la fotografía en la mano. LORD WINDERMERE se coloca detrás del sofá vigilando anhelosamente a MISTRESS ERLYNNE durante toda la escena.*)

LADY WINDERMERE. - Usted perdonará, mistress Erlynne, que la haya hecho esperar tanto tiempo; pero no podía dar con el retrato. Al fin lo

descubrí en el tocador de mi marido... Me lo había robado.

MISTRESS ERLYNNE.- (*Cogiendo la fotografía y contemplándola.*) No me extraña... Es delicioso. (*Sentándose de nuevo en el sofá junto a LADY WINDERMERE y contemplando aún la fotografía.*) De modo que éste es su hijo... ¿Cómo se llama?

LADY WINDERMERE.- Gerardo, por mi difunto padre.

MISTRESS ERLYNNE. - (*Dejando la fotografía.*)¿ Sí?

LADY WINDERMERE. - Sí. Si hubiera sido una niña, la habría puesto el nombre de mi madre. Mi madre se llamaba como yo: Margarita.

MISTRESS ERLYNNE.- Yo también me llamo Margarita.

LADY WINDERMERE.- ¿De veras?

MISTRESS ERLYNNE.- Sí. (*Pausa.*) Usted tiene una gran devoción por la memoria de su madre, me ha dicho su marido, lady Windermere...

LADY WINDERMERE. - Todos tenemos nuestro ideal en la vida. Por lo menos, todos deberíamos tenerlo. El mío es mi madre.

MISTRESS ERLYNNE.- Los ideales son siempre peligrosos. Prefiero las realidades. Hieren, pero son preferibles.

LADY WINDERMERE.- Si yo perdiese mis ideales, habría perdido todo.

MISTRESS ERLYNNE.- ¿Todo?

LADY WINDERMERE.- Sí, todo.

MISTRESS ERLYNNE.- ¿Le hablaba a usted muy a menudo su padre de su madre?

LADY WINDERMERE.- No; le daba demasiada pena. Él mismo me contó cómo mi madre murió pocos meses después de nacer yo. Y tenía, mientras hablaba, los ojos llenos de lágrimas. Luego me pidió que no volviese a pronunciar su nombre delante de él. Oírlo sólo, le hacía sufrir. Realmente, puede decirse que mi padre murió de pena. ¡No he conocido vida más triste que la suya!

MISTRESS ERLYNNE.- (*Levantándose.*) No tengo más remedio que irme, lady Windermere.

LADY WINDERMERE. - (*Levantándose.*) ¡Oh, no, todavía no! ¿Qué apuro tiene?

MISTRESS ERLYNNE.- Se me hace un poco tarde. Ya debe de haber vuelto mi coche. Lo envié a casa de lady Bilston con una tarjeta.

LADY WINDERMERE.- Arturo ¿querrías ver si ya ha vuelto el coche de mistress Erlynne?

MISTRESS ERLYNNE.- ¡Oh, no, no se moleste usted, lord Windermere!

LADY WINDERMERE.- Sí, Arturo, ve a ver, haz el favor. (LORD WINDERMERE *titubea un instante, mirando a* MISTRESS ERLYNNE. *Esta permanece impasible.* LORD WINDERMERE *sale.*) ¡Oh! ¿Cómo decirle a usted lo que siento? ¡Anoche me salvó usted!

MISTRESS ERLYNNE.- ¡Chis!... No hablemos más de eso.

LADY WINDERMERE.- No; es preciso que hablemos. Yo no puedo dejar que usted crea que voy a aceptar su sacrificio. No, no puedo aceptarlo. Es demasiado grande. Yo se lo diré todo a mi marido. Es mi deber.

MISTRESS ERLYNNE.- No hay tal cosa. No es el deber de usted... Por lo menos, usted tiene también deberes con otras personas que él. ¿No dice usted que también a mí me debe algo?

LADY WINDERMERE. - ¡Todo!

MISTRESS ERLYNNE. - Entonces, pague usted su deuda con el silencio. Es el único modo de pagarla. No eche usted a perder lo único bueno que he hecho en mi vida, revelándolo a los demás. Prométame que lo ocurrido anoche será siempre un secreto entre ambas. Usted no debe traer ningún sufrimiento a la vida de su marido. ¿Para qué

corromper su amor? No, usted no debe hacerlo. ¡Si usted supiera lo fácilmente que se mata el amor! Deme usted su palabra, lady Windermere, de que no se lo dirá nunca. ¡Se lo suplico!

LADY WINDERMERE.- (*Inclinando la cabeza.*) ¡Hágase como usted quiera! ¡Es su voluntad, y no la mía!

MISTRESS ERLYNNE. - Sí, es mi voluntad. Y no se olvide nunca de su hijo... Me gusta verla a usted de madre; y saber que lo es usted tan de veras.

LADY WINDERMERE.- (*Levantando los ojos.*) Y cada vez lo seré más. Sólo una vez en mi vida me he olvidado yo de mi madre... ¡y fue anoche! ¡Ah! Si yo me hubiera acordado de ella, no habría hecho el disparate, la locura que hice.

MISTRESS ERLYNNIE. - (*Con leve temblor.*) ¡Chis!... ¿Quién se acuerda ya de anoche?

LORD WINDERMERE.- (*Entrando.*) Todavía no ha vuelto su coche, mistress Erlynne.

MISTRESS ERLYNNE.- No importa. Tomaré uno de alquiler... Ahora sí que no tengo más remedio que irme, mi querida lady Windermere. (*Dirigiéndose hacia el centro de la escena.*) ¡Ah, se me olvidaba! Va usted a encontrarme un poco absurda; pero el caso es que me he encaprichado por ese abanico que

impensadamente me llevé anoche. ¿Tendría usted inconveniente en dármelo como recuerdo? Sé que es un regalo de lord Windermere; pero éste me ha asegurado que usted no tendría inconveniente.

LADY WINDERMERE. - ¡Oh! Claro que no; encantada. Pero tiene pintado mi nombre: Margarita.

MISTRESS ERLYNNE. - Como nos llamamos lo mismo...

LADY WINDERMERE.- Es verdad; lo olvidaba. Pues nada, lléveselo usted. ¡Qué casualidad que nos llamemos lo mismo!

MISTRESS ERLYNNE. - Sí, una casualidad. Gracias... Siempre que lo vea pensaré en usted.

(Apretón de manos. Entra PARKER.)

PARKER.- ¡Lord Augusto Lorton! El coche de mistress Erlynne acaba de llegar.

AUGUSTO. - *(Entrando.)* ¡Buenos días, querido! ¡Buenos días, lady Windermere! *(Viendo a MISTRESS ERLYNNE.)* ¡Mistress Erlynne!

MISTRESS ERLYNNE.- ¿Qué tal, lord Augusto? ¿Sigue usted bien?

AUGUSTO. - (*Fríamente.*) Muy bien, gracias, mistress Erlynne.

MISTRESS ERLYNNE.- Pues no tiene usted buena cara, lord Augusto. Se acuesta usted demasiado tarde... y eso le sienta malísimamente. Debiera usted cuidarse más. ¡Adiós, lord Windermere! (*Se dirige hacia la puerta después de hacer una inclinación de cabeza a LORD AUGUSTO. De pronto sonrío y se vuelve hacia él.*) ¡Lord Augusto! ¿Querría usted acompañarme hasta el coche? Podría usted llevarme el abanico.

LORD WINDERMERE. - Permítame usted...

MISTRESS ERLYNNE.- No; prefiero que venga lord Augusto. Tengo un recado que darle para la duquesa. ¿Qué, no quiere usted llevarme el abanico, lord Augusto?

AUGUSTO.- Si realmente usted se empeña, mistress Erlynne...

MISTRESS ERLYNNE.- Claro que me empeño. ¡Lo llevará usted con tanta gracia! Pero ¿qué no llevaría usted con gracia, mi querido lord Augusto? (*Al llegar a la puerta se vuelve por un instante hacia LADY WINDERMERE. Sus ojos se encuentran. Luego da media vuelta y sale, seguida de LORD AUGUSTO.*)

LADY WINDERMERE.- ¿No volverás a hablarme mal de mistress Erlynne, verdad, Arturo?

LORD WINDERMERE.- (*Gravemente.*) Es mejor de lo que parecía.

LADY WINDERMERE. - ¡Es mejor que yo!

LORD WINDERMERE.- (*Sonriendo y acariciándole los cabellos.*) ¡No seas niña! Ella y tú pertenecéis a mundos distintos. En el tuyo, el mal nunca ha entrado.

LADY WINDERMERE.- No digas eso, Arturo. El mundo es el mismo para todos, y el bien y el mal, y el pecado y la inocencia, se pasean por él cogidos de la mano. Cerrar los ojos a esa mitad de la vida, con la esperanza de poder vivir en sosiego, es como si nos cegásemos voluntariamente, a fin de caminar sin miedo por un terreno lleno de precipicios.

LORD WINDERMERE.- (*Llevándola cogida del talle.*) ¿Por qué dices eso, amor mío.

LADY WINDERMERE. - Porque yo, que había cerrado los ojos a la vida, he estado al borde del precipicio. Y alguien, que nos había separado...

LORD WINDERMERE.- ¡Pero si nosotros no hemos estado nunca separados!

LADY WINDERMERE.- No debemos volver a estarlo. ¡Oh Arturo, no me quieras menos, y yo

tendré en ti más confianza! Una confianza absoluta. Vámonos fuera, al campo, donde estemos solos.

AUGUSTO. - (*Entrando.*) ¡Arturo, me lo ha explicado todo! (*LADY WINDERMERE le mira asustada. LORD WINDERMERE se estremece. LORD AUGUSTO le coge de un brazo y le lleva un poco aparte. Habla de prisa y en voz baja. LADY WINDERMERE les observa, en pie, pálida de emoción.*) Sí, querido, me lo ha explicado todo. Todos hemos sido horriblemente injustos con ella. Figúrate que precisamente fui yo la causa de que ella fuera a casa de Darlington. Llamó primero al club queriendo sacarme de la incertidumbre en que yo me encontraba... y habiéndole dicho que había salido... me siguió y.... asustada, como es natural, al oír entrar a tanta gente.... pues claro, se retiró a otra habitación... Ya ves que la cosa no puede ser más satisfactoria para mí. Nos hemos portado con ella lo mismo que unos patanes. ¡Ah, ésa es la mujer que a mí me convenía! ¡Ni hecha de encargo! La única condición que impone es que vivamos siempre fuera de Inglaterra. ¡Figúrate, qué más quiero yo! Precisamente estaba harto de esos malditos clubs, de este maldito clima, y de esta condenada cocina inglesa... Sí, hasta la coronilla estaba ya de todo ello.

LADY WINDERMERE. - (*Trémula, acercándose y decidiéndose a preguntar.*) ¿De modo que mistress Erlynne?...

AUGUSTO. - (*Haciéndola una reverencia.*) Sí, lady Windermere... Mistress Erlynne me ha hecho el honor de aceptar mi mano.

LORD WINDERMERE. - ¡Ah, no cabe duda de que te llevas una mujer muy inteligente!

LADY WINDERMERE.- (*Cogiendo la mano de su marido.*) ¡Y muy buena, lord Augusto, muy buena!

TELON Y FIN DE LA COMEDIA